

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS—ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS—CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL—MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS—CRÓNICAS—NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.

Madrid, 30 de Junio de 1892.

Año LI.—Núm. 24.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Castellido.—Explicación de los grabados.—Victima de un ideal, por D.^a Antonia Opiiso.—La Familia de Monsálvez (continuación), por D.^a Isabel Cheix.—Con-

trastes de la vida. Una página de mis memorias, por D. Ricardo M. de Breton.—La Leyenda de los helechos y la velada de San Juan, por D. Ginés Alberola.—Horas de luz, poesía, por D. Luis Ram de Vit.—Correspondencia particular, por D.^a Adela P.—Explicación del figurin iluminado.—Explicación de los grabados contenidos en la Hoja-Suplemento.—Sueltos.—Advertencia.—Anuncios.

GRABADOS.—1 a 5. Trajes de campo para niñas.—6. Sombrero redondo.—7 y 8. Sombreros de jardín.—9. Almohadón pintado sobre piel.—10. Cuerpo de tafetán tornasolado.—11. Matinée de bengalina.—12 a 17. Allombrilla y toallas de baño.—18. Traje de paseo.—19 a 23. Trajes de playa.—24 y 25. Traje para niñas de 8 a 10 años.—26. Traje para niñas de 7 a 9 años.—27 y 28. Traje para niñas de 9 a 11 años.—29 a 33. Trajes de campo y excursiones.



1 a 5. — Trajes de campo para niñas.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Continúan las novedades de verano.—Corselillos y camisetas.—Un modelo entre varios.—Enaguas y corsés.—Exigüedad de los sombreros.—Una «toque» microscópica.—Infiltración de las modas inglesas.—Dos chaquetillas y una esclavina de guipur.—Los paraguas en alta mar.—Una perogrullada.

CORSAJOS aristocráticos, recepciones, carreras brillantes: no se necesita más para alimentar nuestra revista de cosas elegantes y nuevas; sin contar el Bosque, más animado que nunca y cuyos viernes son verdaderas fiestas de la moda. Así que tenemos donde elegir para dar cuenta de las novedades que causan más profunda sensación.

Entre todas, la que más nos ha sorprendido es la de los vestidos de crepón ó de brochado guarnecidos de muselina de seda.

He aquí uno de estos vestidos completamente negro (croquis núm. 1). La falda es de muselina de seda «indisplegable». Como cuerpo, un corselillo de terciopelo negro ribeteado de galón de azabache y mostrando el cuerpo de piel de seda igual al forro de la falda. Un pliegue Watteau, de muselina «indisplegable», sale del centro de la espalda y se confunde con la falda. Mangas anchas de muselina de seda, con puños de terciopelo.—Sombrero de paja encarnada, guardado de cinta de terciopelo del mismo color.

He visto otro modelo con falda completa de brochado negro y el pliegue Watteau de muselina de seda formando una cabecita que se mostraba por encima de un cinturón de azabache. Las mangas bullonadas eran también de muselina de seda.

Siguen llevándose muchos corselillos «figaros» de todas clases, y chaquetillas «mozo de café» con interior camiseta.

Estas camisetas son, en efecto, unas prendas sumamente cómodas. Se hace una camiseta, ó mejor dicho, una camisa completa de tafetán escocés de color ó de *surah* cuadrado negro y blanco. Las mangas van apretadas al puño; por delante se pone un volante doble fruncido ó plegado, que se aparta á cada lado, á fin de hacerlo muy voluminoso. Una faja de *surah* negro, ó un cinturón de gro cerrado con una hebilla grande, ó bien un cinturón suizo, sujetan la camisa en la cintura. Esta moda es muy coqueta, al mismo tiempo que cómoda,

puesto que se está mucho más holgada con esta blusa que con un cuerpo ajustado, y se tiene además la facilidad de quitarse la confección en casa, sin dejar de estar vestida, lo que no puede hacerse con los simples petos.

Las bellas coquetas se ingenian sin cesar para saber de qué modo estarán más seductoras y lo que es posible hacer para variar algo la forma ó los detalles de su *toilette*. Así, con un refinamiento de elegancia, han adoptado la enagua de la misma tela del corsé, componiendo de este modo tres ó cuatro modas de debajo, que no se separan nunca.

He aquí una de *surah* antiguo color de rosa antiguo salpicado de ramitos morados. El corsé va guarnecido de una *ruche* de raso morado. Dos *ruches* iguales van puestas en la parte inferior de la enagua y sirven de cabeza á una lluvia formada de tiras de raso color de rosa, terminadas cada una en un cascabelito de seda, cuyas tiras caen sobre un volante de encaje negro (croquis número 2).

Lo que se hace también mucho para las enaguas de tela brochada es componer unas *ruches* de cintas de los colores del brochado. Cada cinta representa un color. Estas *ruches*, una dentro de otra, dan la ilusión completa de una guirnalda de flores iguales á las de los ramos de la tela brochada.



Núm. 3.

paja de trigo, enteramente aplastada sobre la cabeza, y que se adorna con *Méridales* de azabache echados en los lados. En medio del delantero, un ramito de caléndulas amarillas y otro ramito por detrás.

La paja *amor* es una especie de paja granada, un poco de relieve, de un bonito efecto. La paja *esponja* imita los tejidos esponjosos; viene á ser como un musgo crizado que se emplea para fondos de sombreros.

Actualmente, el color á la moda es el verde heno, muy claro, muy alegre y muy elegante. Como adornos, la reunión de los colores más disparatados: morado sobre azul, malva sobre rojo. Mucho morado, azul y verde.

Pero el Gran Premio nos reserva, sin duda, no pocas sorpresas.

Hace tiempo que lo venimos observando: las modas inglesas se aclimatan en el continente. Lentamente, es verdad, como una infiltración; pero, en fin, poco á poco llegarán á imponerse.

Muchos años ha que habíamos observado en Dieppe una multitud de lindas *misses* que se paseaban en el terrado del Casino con cuerpos-blusas diferentes de las faldas de *surah*, de batista y hasta de percal blanco.

Todas las elegantes se burlaban de los que calificaban justamente de disfraz, y las jóvenes *misses*, poco intimidadas de esta mala acogida, continuaban paseándose con sus blusas, hechas como camisetas de hombre.

Hoy pueden asistir orgullosas al triunfo de su idea, pues todo París ha adoptado este «disfraz». Es más gracioso, más refinado; pero, en definitiva, es siempre la camisa ó blusa, con delanteros ó pecheras fruncidas ó plegadas, con mangas largas y el talle sujeto por un cinturón, que varía tanto como la tela de la blusa.

Entre todos los modelos que he visto hasta ahora, el más lindo es de *surah* escocés de colores vivos, que se lleva sobre una falda azul marino: varios fruncidos ó pliegues en los hombros, sin costuras.

Para playa, se harán estas camisetas de franela, con cinturón de piel.

Con la temperatura tropical que nos abruma sólo se piensa en aligerar el traje todo lo más posible, á cuyo fin se han reducido las chaquetillas que se llevan con aquellas blusas á su más mínima expresión. He aquí un modelo (croquis núm. 4) hecho de terciopelo color de pensamiento con bordado fino de azabache y lluvia de lo mismo. Acompaña á un traje de batista color de malva. La espalda va completamente bordada y guarnecida como los delanteros.

El otro modelo (croquis núm. 5) es de guipur blanca. A todo el rededor de la guipur se pone una cinta de terciopelo de color que sostiene la guipur y constituye un bonito

adorno. La cinta es de color de dalia y forma dos escarapelas en la punta de los delanteros y otra en el hombro derecho.

Se lleva más que nunca la guipur y se la emplea de mil modos. Véase, entre otros modelos, una esclavina (croquis núm. 6) que se compone simplemente de un canesú plano por delante y por detrás, montado en torno de un cuello rizado de terciopelo color de palasanto. Un volante ancho de guipur va fruncido en el borde del canesú. Se puede forrar esta esclavina, ó dejarla transparente, lo que es más lindo. Una escarapela de terciopelo, como el cuello, sujeta el canesú en el pecho.

Los encantos de la conversación en el salón de un transatlántico, en alta mar.

Un caballero.—Debe llover á cántaros en este momento. Su esposa se dirige á una ventanilla, contempla el horizonte, y vuelve diciendo:

—Te equivocabas, no llueve.
—¿Y en qué lo has conocido?
—No se ve fuera ni un paraguas.

Pero Grullo se presenta á la ventanilla de un despacho de correos y pide que le pesen una carta.

—Pesa demasiado—dice el empleado;—necesita otro sello de veinticinco céntimos.
—Eso es; para que pese todavía más.

V. DE CASTELFIDO.

Paris, 24 de Junio de 1892.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Trajes de campo para niñas.—Núms. 1 á 5.

Núm. 1. *Vestido para niñas de 10 años.*—Este vestido es de lanilla blanca, y va guarnecido de *surah* azul. Falda plegada, adornada con tres pliegues, y cuerpo de cintura redonda, con espalda ceñida y delantero cerrado en medio, bajo un chaleco bullonado de *surah* fruncido en el escote y añadido al cuerpo. Faja ancha de *surah*, cerrada bajo el brazo izquierdo. Chaquetilla Figaro, de lanilla, compuesta de espalda de una sola pieza, y delanteros abiertos. Manga bullonada con puño de *surah*. Cuello alto de lanilla.—Gorra de jockey, hecha de *surah* azul, con visera blanca.

Tela necesaria: 3 metros 75 centímetros de lanilla, y un metro 20 centímetros de *surah*.

Núm. 2. *Vestido para jovencitas de 13 años.*—Es de crepón color de piel, y va guarnecido de guipur crema. Falda lisa y cuerpo con aletas plegadas, añadidas en la cintura. El cuerpo va abrochado en medio con botones. Espalda de una sola pieza, y delanteros anchos, sujetos con un cinturón de cinta, que va cerrado en medio con una hebilla de plata. Unas puntas de guipur descendiendo formando una especie de canesú en el delantero y en la espalda. Cuello alto de guipur. Manga ancha, estrechada en el codo con un ajaretado. La parte inferior va sujeta con unos pliegues que forman puño.—Sombrero de paja blanca, guarnecido de cerezas.

Tela necesaria: 4 metros 50 centímetros de crepón, de un metro 20 centímetros de ancho.

Núm. 3. *Vestido para niñas de 6 años.*—Este vestido es de crepón crudo, y va guarnecido de siciliana blanca. Falda plegada, con biesses de siciliana formando entredoses sobre el dobladillo. Chaqueta de crepón, con solapas de siciliana abrochadas en las caderas, abertura de bolsillo. Camisa bullonada de crepón, fruncida en el escote, y añadida sobre un cuerpo de chaleco de forro, que se abrocha en medio de la espalda y se monta sobre la falda. Cinturón de cinta blanca, cerrado en medio con una hebilla de plata. Cuello alto y puño abrochado de siciliana. Manga bullonada de crepón.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de crepón, y un metro 25 centímetros de siciliana.

Núm. 4. *Vestido para jóvenes de 14 á 15 años.*—Este vestido es de flanel listado blanco y crudo, guarnecido de guipur cruda y terciopelo verde. Falda-funda, guarnecida de un volante fruncido montado con una cabeza de cinta, la cual va adornada con lazos de la misma cinta. Cuerpo con aletas de encaje fruncidas en la cintura; se compone de espalda y delantero de una sola pieza, con cierre invisible debajo del brazo izquierdo. El vuelo va reunido en la cintura con varios pliegues. Forro liso, compuesto de espalda ceñida, lado de delante y delantero con pinzas cerrado en medio. Una doble cinta figura un corselillo puntiagudo, que rodea el talle. Escarapela de cinta en la derecha. Canesú de guipur, con volante de la misma guipur plegado en el pecho y fruncido en los hombros. Manga al sesgo, ajustada por abajo.—Sombrero de paja blanca, guarnecido de cinta de terciopelo verde.

Tela necesaria: 11 metros de flanel y cinco metros de volante de guipur.

Núm. 5. *Vestido para niñas de 7 años.*—Es de muselina blanca con lunares encarnados. Adornos de terciopelo amapola. Falda plegada y corpiño ancho, sujeto con un cinturón puntiagudo de cinta de terciopelo. Cuello alto de terciopelo, recortado en punta por abajo. Delantero ancho y espalda cerrada en medio, con fruncidos en el escote, sobre un forro liso. Manga corta bullonada.—Sombrero de paja cruda, guarnecido de terciopelo amapola, con lazo-orejas por delante.

Tela necesaria: 2 metros 25 centímetros de muselina de doble ancho, y un metro 75 centímetros de cinta de terciopelo.

Sombrero redondo.—Núm. 6.

Este sombrero es de paja-encaje negro. En la parte de encima, lazo grande de terciopelo sombreado verde y color de rosa. Brides de cinta de moaré verde. Una cinta igual rodea la copa.



Núm. 4.



Núm. 5.



Núm. 6.



Núm. 2.



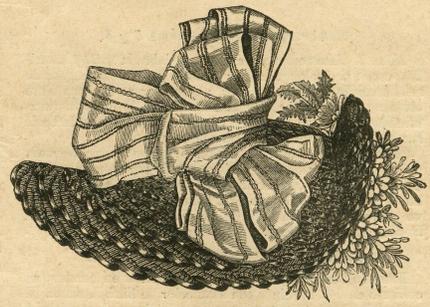
Núm. 1.



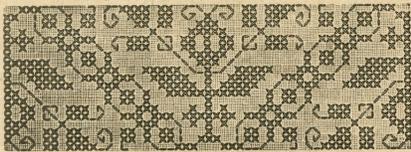
6.—Sombrero redondo.



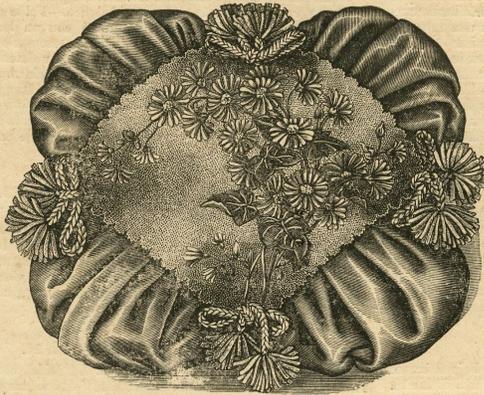
7.—Sombrero de jardín.



8.—Sombrero de jardín.



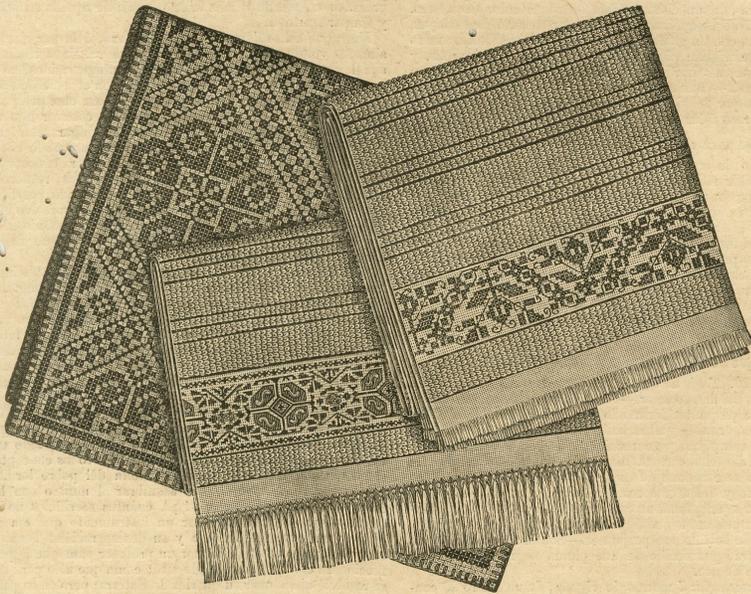
16.—Bordado de las toallas de baño.



9.—Almohadón pintado sobre piel.



10.—Cuerpo de tafetán tornesolado.



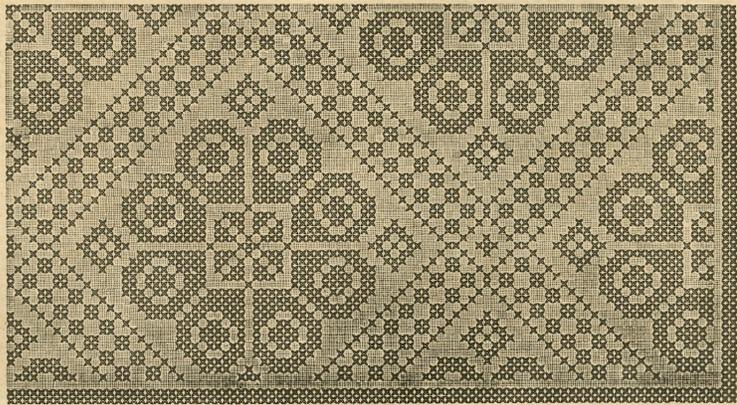
12 á 14.—Alfombrilla y toallas de baño. Véanse los dibujos 15 á 17.



11.—Matinée de bengalina.



15.—Bordado de las toallas de baño.



17.—Bordado de la alfombrilla de baño.

Sombreros de jardín.—Núms. 7 y 8.

Núm. 7. Este sombrero es de paja labrada azul y amarilla, con ala prolongada por delante y forrada de gasa de seda amarilla plegada. Se adorna el sombrero con una cinta otomana azul oscuro, plegada alrededor de la copa y terminada en un lazo en el lado izquierdo. Se fija detrás del lazo un ramo de florecillas color de rosa.

Núm. 8. Este sombrero, redondo, hecho de paja gruesa color de bronce, tiene un ala levantada por detrás, y adornada con un ramo de crisantemas amarillas y color de rosa. Se forra el ala de tul negro. El lado izquierdo del sombrero va adornado con un lazo grande de cinta ancha de seda blanca con listas verdes y color de rosa.

Almohadón pintado sobre piel.—Núm. 9.

Este almohadón, que tiene 43 centímetros en cuadro, va cubierto en las esquinas con seda color de lila bullonada. El resto del almohadón va adornado con dos pedazos de piel color crema, de 25 centímetros en cuadro, recortados en curvas. En uno de los pedazos de piel va pintada una rama de flores. Estos pedazos van reunidos en las esquinas con una cordonadura trenzada, que tiene 40 centímetros de largo, y va hecha de tiras de piel estrechas. La cordonadura va pasada por unos ojitos dobles y anudada sobre el almohadón, terminando en unas borlitas hechas con tiras de piel. Para ejecutar la pintura, se emplea color de lila para las flores, amarillo para los estambres y aceituna para las hojas, variando los matices.

Cuerpo de tafetan tornasolado.—Núm. 10.

Se hace este cuerpo de tafetan tornasolado verde, y color de rosa y encaje negro. Se cubren los delanteros de forro con encaje formando canesú, y se completa el cuerpo con los delanteros y la espalda de tafetan tornasolado fruncido, terminando en el borde superior con un bullonado estrecho. Las mangas, bullonadas y semilargas, de tafetan, terminan en un encaje ancho fruncido. El cinturón se compone de una cinta de oro, que termina por delante en una hebilla de metal dorado.

Matinée de bengalina.—Núm. 11.

Es de bengalina azul pálido. Un solo ladito bajo el brazo. Espalda plegada, así como el delantero, bajo una esclavina corta y plegada de encaje blanco, cerrada, como el cuello, que es también de encaje, bajo un lazo flotante de cinta. El volante de encaje, que forma la aldetta, va recogido en forma de bullón y abrochado por delante bajo otro lazo flotante de cinta. Manga plegada por encima, sujeta por abajo con una guarnición de encaje y un lazo de cinta.

Alfombrilla y toallas de baño.—Núms. 12 á 17.

La alfombrilla, que tiene 65 centímetros de ancho por un metro 5 centímetros de largo, va hecha sobre cañamazo de Java color crema, con arreglo al dibujo 17. El bordado se ejecuta al punto de cruz con algodón encarnado. Se guarnecen el contorno de la alfombrilla con una vuelta al crochet, para la cual se reúnen, siempre alternando, con una mallá simple, tres puntos de ancho del dobladillo; se hacen después 2 mallas al aire, bajo las cuales se pasa el intervalo necesario.

Las toallas se hacen de tejido esponjoso, blanco con rayas azules lisas. Los lados transversales van guarnecidos de flecos y de una tira lisa, de 10 centímetros. Sobre esta tira se borda una cenefa. El dibujo núm. 15 representa una parte del bordado de la toalla núm. 13, cuyo bordado se ejecuta con algodón azul y amarillo, al punto de cruz y punto Rensacimiento. El dibujo núm. 16 corresponde á la toalla núm. 14, cuyo bordado se ejecuta al punto de Esquina (para cada cuadrado se hace un punto sobre cuatro divisiones de la tela) con algodón azul.

Traje de paseo.—Núm. 18.

Esclavina larga de encaje negro bordado y pasamanería de oro.—Capelina de paja de Italia negra, con lazo de terciopelo verde agua y moaré color de malva. Ramo de flores color de rosa y rubí. Vestido de seda algeriana, listada de gris y malva rosado.

Trajes de playa.—Núms. 19 á 23.

Núm. 19. Vestido de jerga blanca, guarnecido de terciopelo color de rubí.—Falda plegada en torno de la cintura y guarnecida de cuatro hileras de cinta estrecha de terciopelo. Cuerpo remetido en la falda, compuesto de un delantero de una sola pieza, con pinzas, y una espalda abrochada en medio. Faja de terciopelo, cerrada en el lado derecho con una cabeza fruncida formada por la faja misma. Manga al sesgo. Cuello alto, ribeteado de dos cintas de terciopelo.—Sombrero de paja blanca, adornado con cintas de terciopelo color de rubí.

Tela necesaria: 6 metros de jerga y 80 centímetros de terciopelo.

Núm. 20. Vestido de fular color de almendra, con lunares ó pastillas negras.—La falda va adornada con seis volantes fruncidos de la misma tela. El cuerpo, de talle redondo, se compone de espalda y delantero de una sola pieza, con vuelo ajaretado en forma de canesú. En la cintura, los fruncidos figuran un corseillo. Forro liso, compuesto de espalda ceñida con delantero ajustado por medio de pinzas y cerrado en medio. Cierre invisible en los delanteros ajaretados. Manga ondeada con puño ajaretado. Gola de muselina chiffon del color del vestido, montada en el escote.—Sombrero de paja oro con fondo aplastado, guarnecido de cinta verde y de dos plumas.

Tela necesaria: 14 metros de fular.

Núm. 21. Vestido de jerga blanca y chaqueta de pañete beige, forrada de seda color de cereza.—Falda lisa y cuerpo que forma una camisa ancha, estrechada en la cintura con un cinturón ancho de seda color de cereza, rodeado de dos cintas de terciopelo negro. La camisa se compone de una espalda recta y un delantero ancho cerrado en medio con una tapa de seda abrochada. Cuello alto enrollado y manga recta con puño de seda. La chaqueta se compone de espalda y

delanteros rectos, que se doblan en lo alto para dejar ver el forro de seda, que forma solapas. Cuello de seda. Manga ancha, estrechada en el puño con unos pliegues cosidos.—Sombrero de paja beige, guarnecido de muselina chiffon y rosas de su color.

Tela necesaria: 5 metros de jerga blanca; 2 metros 50 centímetros de paño, y 7 metros de seda para forro.

Núm. 22. Vestido para niñas de 6 años.—Se hace este vestido de jerga blanca, y se le guarnecen de terciopelo azul. Falda cruzada en la derecha bajo una tira de terciopelo que remonta sobre el cruce del cuerpo. Cinturón de terciopelo. Cuello alto enrollado y brazaletes de la misma tela. El cuerpo se compone de espalda de una sola pieza fruncida en el escote y en la cintura, y delantero también fruncido y cruzado. Manga corta con cabeza ajaretada.—Sombrero de paja gruesa blanca, adornado con terciopelo azul.

Tela necesaria: 2 metros de jerga, y un metro de terciopelo.

Núm. 23. Vestido de muselina tornasolada y listada, color de rosa y verde, con adornos de encaje blanco.—Falda guarnecida de un volante muy alto, con montado con un bullón. Cuerpo remetido en la falda, con cinturón de terciopelo verdoso; se compone de espalda de una sola pieza y delanteros cerrados en medio, con vuelo estrechado en la cintura por medio de pliegues. Forro liso ajustado con pinzas. Manga de codo con volante de encaje. El delantero del vestido va escotado en forma de V, con un fichú de encaje anudado en el pecho.—Capelina de paja de Italia guarnecida de terciopelo color de rosa.

Tela necesaria: 7 metros de muselina.

Traje para niñas de 8 á 10 años.—Núms. 24 y 25.

Es de muselina de lana color de rubí. Falda plegada en pliegues echados. Cuerpo-blusa con delantero abierto sobre un chaleco de crepón de seda abrochado con unos botoncitos de nácar. Canesú de seda roja, en cuyo borde se monta la espalda plegada en la cintura bajo un cinturón de seda anudado. Manga de codo, abrochada por debajo y guarnecida de una media manga, la cual va adornada con pasamanería negra.

Traje para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 26.

Vestido de bengalina color de tabaco. La falda, corta y fruncida, va adornada con un galón. Esta falda se monta en el borde de un cuerpo de forro semiajustado y abrochado en la espalda. Camisón de surah crema bullonado y sujeto en la cintura con un cinturón-faja de surah color de tabaco. Chaqueta de bengalina formando por delante dos solapas, adornadas con un galón rizado color de tabaco. Cuello vuelto sobre el camisón, formado por un galón. Manga recta y ancha, que cae sobre un puño ajustado, adornado con un galón igual.—Sombrero de paja de arroz negra, forrado de terciopelo por debajo y adornado con plumas y un lazo de cinta de raso color de rosa y tabaco.

Traje para niñas de 9 á 11 años.—Núms. 27 y 28.

Vestido de crepón de lana beige guarnecido de encaje beige. Falda redonda, guarnecida en el borde inferior con cinco pliegues rusos, y montada al cuerpo con cuatro ajaretados. El cuerpo se compone de espalda ceñida, que se cierra en medio, lados de delante y delantero de una sola pieza, fruncidos ligeramente en la cintura. Guarnición de encaje formando peto y espalda, y prendida en los hombros con unas rosáceas de crepón de lana. Cuello alto. Mangas anchas, terminadas en unos puños que van formados por seis hileras de ajaretados con volantes fruncidos.

Tela necesaria: 6 metros 50 centímetros de crepón de lana.

Trajes de campo y excursiones.—Núms. 29 á 33.

Núm. 29. Traje de vigoña azul, guarnecido de pespunte y botones del mismo color.—Falda-forro, guarnecida de cinco hileras de pespunte formando orla. Chaqueta abierta sobre un chaleco cruzado y abrochado con dos hileras de botones, ajustado con pinzas y guarnecido de un cuello vuelto. Cuello alto de hilo, con corbata masculina de batista blanca. La chaqueta se compone de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros con una pinza, guarnecidos de solapas que se adaptan á un cuello vuelto. Manga alta de hombros, con pespunte que figuran una cartera. En las caderas, carteras de bolsillo con pespunte.—Sombrero «canotiero» de paja negra, guarnecido de una pluma negra y rodeado de una cinta de gro.

Tela necesaria: 7 metros de vigoña, de un metro 20 centímetros de ancho.

Núm. 30. Traje para señoritas.—Vestido de vigoña blanca y paño azul. Faja de surah azul con fleco de seda. En la izquierda, en la orla de la falda y por delante del canesú va un bordado que representa los accesorios del juego del «Terminis». Falda-funda de vigoña blanca, rodeada de una tira ancha de paño. Cuerpo-blusa, estrechado en la cintura con la faja, y compuesto de espalda y delantero de una sola pieza, fruncidos en el borde de un canesú redondo de paño. Cierre invisible en la izquierda, bajo el brazo. Forro ajustado. Manga bullonada, que termina en una manga ajustada de paño.—Sombrero redondo de paja blanca, guarnecido de cintas azules.

Tela necesaria: 5 metros de vigoña, y un metro 50 centímetros de paño.

Núm. 31. Vestido de vigoña color de musgo y paletó masculino de paño color masilla.—Falda-funda rodeada de pespunte, y cuerpo ordinario. El paletó se compone de espalda recta y delanteros con cruce doble, abrochado y formando dos solapas por arriba. Cuello vuelto. En las caderas, bolsillos con carteras. Manga con cartera abrochada y guarnecida de pespunte. Cuello en pie y puños de hilo blanco.—Sombrero «canotiero» de paja color de musgo, rodeado de una cinta color masilla y guarnecido de un ala del mismo color.

Tela necesaria para el paletó: 3 metros 50 centímetros de paño.

Núm. 32. Vestido de pañete gris, guarnecido de trencillas grises y botoncitos de plata.—Chaleco de paño fino blanco, abrochado en medio y ajustado con pinzas. Cuello de hilo y

corbata masculina de batista blanca. Falda-funda, con trencillas que forman un entredós de galón en la orla. En lo alto del delantero van unas aberturas cubiertas de trencilla. Cuerpo-frac, con delanteros abiertos y redondeados sobre el chaleco, y ajustados con pinzas y un lado de delante. Espalda y lados de espalda formando los faldones del frac. Cuello y solapas á estilo de sastrero. Manga de codo, guarnecida de trencillas en su borde inferior. Una trencilla rodea el frac.—Sombrero masculino de fieltro gris, guarnecido de galón de gro y alas grises.

Tela necesaria: 5 metros 50 centímetros de paño gris, y 60 centímetros de paño blanco.

Núm. 33. Vestido para señoritas.—Se hace este vestido de lanilla verde berro, y va guarnecido de siciliana verde. Chaqueta de la misma tela, con solapas de siciliana. Mangas de codo, con carteras de lo mismo. El vestido Princesa se compone de espalda y lados de espalda, lado de delante y delantero de una sola pieza, escotado en cuadro sobre una camisa ancha de bengalina, abrochada en medio y añadida sobre el forro del delantero, que se cierra en medio y se ajusta con pinzas. Cierre invisible bajo el brazo izquierdo del vestido Princesa. Un bias doble de bengalina adorna el borde inferior del vestido.—Sombrero de paja blanca, guarnecido de crepón verde.

Tela necesaria: 8 metros de lanilla, y 3 metros de bengalina.

VÍCTIMA DE UN IDEAL.

ENTRE las infinitas debilidades que afligen al linaje humano, ninguna ciertamente se halla tan extendida como el amor propio, azote implaceable que convierte en verdaderos mártires á seres que por sus excepcionales condiciones podrían disfrutar de envidiable felicidad.

Confirmación de tal aserto es la siguiente historietta, que, aunque algo añeja, no carece sin embargo de singular interés.

A mediados del pasado siglo, y durante el reinado del buen rey D. Fernando VI, vivía en una deliciosa quinta próxima al Pardo un inglés inmensamente rico, excéntrico como todo hijo de la noble Old England, y padre de una joven de tan delicada y peregrina belleza, que su presencia constituía la más brillante gala de aquella artística y sin par mansión.

Meg, que así se llamaba la inglesa, era, á la par que el alma, la voluntad y la vida toda de su padre. Nada resolvía aquél sin consultar antes con su hija; ninguna idea en el prevalentia, si por anticipado no contaba con el asentimiento de la bella Meg. Esta, por su parte, holgábase en corresponder debidamente á cariño tan desmedido, consagrando su vida toda y su inteligencia, que nada de vulgar tenía, en convertir el paterno hogar en fiel trasunto de su padre. Por añadidura, sobrado discreta y perspicaz para conocer en todas sus fases el carácter del autor de sus días, respetaba sus horas de *siesta*, que no eran pocas, y sobre todo, poseía el prodigioso don de dar cada día con un nuevo expresivo elogio, destinado á estimular los entusiasmos filarmónicos de su padre, más que aficionado, fanático del arte que Paganini consiguió inmortalizar.

Este era el mejor, el más elocuente y cumplido testimonio que de su cariño filial podía darle su querida Meg. En labios de una persona extraña le hubiera parecido todo elogio una adulación de mal gusto, una ironía punzante; pero tratándose de Meg holgaba todo recelo; la desconfianza no tenía razón de ser. Su hija, además de ser su hija, era una artista consumada; mejor que sentido dominaba el arte, y dominándolo le comprendía, y en sus juicios no se podía engañar.

La quinta que lord Stumpher y su hija ocupaban era un alarde de gusto y elegancia sin igual. A pesar de las exageraciones ostentosas tan propias de aquella época, todo era delicado y artístico en aquella morada bajo todos conceptos señorial, todo, menos los solos de violín del pobre lord.... ¡Qué no hubiera dado él para asombrar al mundo con las maravillas de su rebelde arco! ¡A cuántos sacrificios no se sentía dispuesto para dominar un instrumento que era su gloria y su tormento, su vida y su desesperación! Tentado estuvo algunas veces de llamar un profesor para que le perfeccionara en aquel endiablado arte; como que sólo para eso se resolvió abandonar su querida Inglaterra; pero en su país, como en extraño suelo, el temor al ridículo enfrenaba un tanto sus entusiasmos. Hay debilidades que por latentes que sean, la discreción aconseja que no deben reflejarse jamás á la superficie de los hechos, y menos si el que las siente peina canosa barba, y es lord del Reino Unido, y ocupa entre los suyos elevada posición social.

Así las cosas, ocurrióle un día cambiar de secretario. El que le prestaba este servicio, había incurrido en descuidos y faltas que no pasaron inadvertidos por el padre de Meg, el cual, si no vaciló en perdonarlos, no quiso tampoco llevar su tolerancia al extremo de dejar al otro ocasión para que volviera á reincidir.

Esta inesperada contrariedad, lejos de disgustarle, estimóla altamente oportuna.

—Puesto que se me hace preciso cambiar de secretario—se dijo—exigiré á los pretendientes que sepan su poquito de música; será la gran manera de que nos entendamos fácilmente los dos.

A pesar de su fondo de extravagancia, no tardaron, sin embargo, sus deseos en verse realizados, ya que apenas habiendo pasado contados días, cuando un apuesto y gentil pretendiente se presentó solicitando la anunciada plaza. Reunía el solicitante todas las condiciones que el inglés deseaba, y para colmo de dicha era un profesor de violín.

Preocupaciones de familia le vedaban dar expansión á sus aficiones artísticas, teniendo que limitarse siempre á hacerse oír dentro de un reducido círculo de amigos. Al enterarse de sus condiciones:

—Perfectamente—repuso el inglés dominando mal su en-

tusiasmo;—reune usted todas las circunstancias que mi secretario debe poseer, de suerte que, si no tiene inconveniente en ello, desde luego puede entrar en las funciones de su nuevo cargo.

—Estoy á sus órdenes, milord.

No necesitó éste oír más; sin perder un instante salió de la habitación, presentándose de nuevo en ella, llevando un magnífico violín en la mano.

Al verle aparecer, no pudo el novel secretario contener un gesto de sorpresa, que fué interpretado como de admiración por el entusiasmado lord, el cual presentando el instrumento al joven:

—Vea usted—exclamó;—Stradivarius auténtico; es el mejor de mi colección.

Examinó atentamente Felipe—que así se llamaba el joven—y después de preludiar algunos compases, con un aplomo casi desdichado:

—Ese violín—dijo—no es más que regular; yo he poseído uno incomparablemente mejor.

Si lord Stumpher hubiese sido capaz de exaltarse una vez en su vida, aquel habría sido el instante de prueba; pero flemático hasta en sus disignos más hondos, se limitó á contestar con más lastima que indignación:

—Pruébelo usted.

Felipe no se hizo rogar, resultando la prueba un verdadero concierto. El nuevo secretario era un artista consumado, bajo cuyo prodigioso arco las notas brotaban con modulaciones jamás sentidas, con algo que tenía la tersura y transparencia del cristal.

Lord Stumpher, transportado de entusiasmo, llamó á voces á su hija, y tembloroso por lo vivo de su emoción:

—Ven, Meg, ven—gritaba;—he dado ya con mi hombre; mis ambiciones se han visto al fin satisfechas; ¡ay! ¡que temo ceder á tanta felicidad!

Al pronto creyó Meg que su padre no estaba en sus cabales; pero después de la inesperada presentación de aquel simpático desconocido, se explicó lo que los transportes del buen inglés no consiguieron dejarle adivinar.

A ruegos de Meg ejecutó Felipe una nueva pieza; pero con tan primorosa perfección, que á la par que la del padre, ganó por entero el corazón y el aprecio de la hija, que, entusiasmada, le dedicó el más cumplido y halagador elogio, tan sincero como afectuoso y leal.

Después de tan extraordinario triunfo, excusado es decir el puesto preferente que en la casa del lord ocupaba Felipe, el cual era considerado como un individuo de la familia; vivía en la quinta, y más que secretario, era amigo y confidente del excéntrico inglés, que no se cansaba en sus intimidades de ponderarle las excepcionales dotes que adornaban á su querida Meg, tarea por demás holgada, ya que se necesitaba ser un verdadero adorno para no fijarse en quien era conjunto de la belleza más exquisita, y reunía en sí todos los atractivos y perfecciones.

Idéntica conducta observaba cuantas veces le hablaba á su hija, y le llamaba, no su secretario, sino su profesor, consiguiendo con sus desmedidos elogios trocar en interés creciente el afecto que Meg profesaba á Felipe, afecto que se inició al principio como amistosa simpatía; pero poner letra al fuego es forjar el incendio, y en asuntos de amor pueden tanto las conversaciones en ausencia de la persona que inspira algún afecto, que aun las malas ausencias suelen convertirse en provecho del que no es recordado cual siente y desea el corazón.

No necesitaban, empero, de tales estimulantes los dos jóvenes para conseguir inspirarse mutua simpatía, que no tardó en convertirse en amor tan vehementemente como apasionado. Meg no había experimentado nunca tan dulce y arrobador afecto, y harto demostrado está que los primeros amores, cuando son verdaderamente sentidos, echan raíces tan profundas en las almas ingenuas y sencillas, que ya de ellas jamás se puede desarraigarse. Desde su llegada á la quinta había adivinado en Felipe al ideal soñado, y tan grato le sabía el despertar de su hermoso sueño, que juzgaba insuperable su felicidad. La imagen vaga é indecisa, sin contornos ni color, forjada por su fantástica imaginación cuando se dejaba llevar por sus arrobamientos, había tomado al fin tangible forma, embelleciéndose mil veces más al pasar de la ficción á la realidad.

Y como en casos tales lo único que precisa para que los pensamientos se traduzcan en palabras y las palabras en hechos, es la ocasión, y ésta no había de faltar á los jóvenes, que vivían bajo un mismo techo y se veían á todas horas, sin darse cuenta de ello, y casi insensiblemente, cuando se creían amigos indiferentes echaron de ver que eran los más rendidos enamorados.

Lord Stumpher había pensado reunir en una misma persona el cargo de profesor y secretario, pero jamás pasó por sus mientes adicionar á los expresados cargos el de yerno: para eso tenía ya su candidato elegido, un igual en categoría que estaba viajando por Europa, y que de un momento á otro debía presentarse en Madrid. No se le ocultaban, sin embargo, los amores de su hija con Felipe; pero tenía él, ó á lo menos pensaba tener, las precauciones tan bien tomadas, que no abrigaba, respecto á esos planes, la más leve inquietud, el más vago y remoto temor.

—Llegue yo al fin de mis ambiciones—se decía;—que en cuanto consiga dominar el instrumento, ese hidalguillo y yo saldaremos para siempre nuestras cuentas, y ya no volverá á ver más á mi hija.

Mas un suceso tan imprevisto como inesperado, á la par que vino á echar por tierra las precauciones del padre de Meg, favoreció en cambio en alto grado los tímidos y secretos amores de los dos jóvenes.

Acababa de llegar á Madrid un alto personaje de la corte de la Gran Bretaña, encargado de una misión diplomática acerca del Rey. Lord Stumpher se apresuró á ir á saludarle, así como á cuantos compatriotas lo acompañaban, y llevado de su galantería, les invitó á espléndida fiesta que en obsequio de ellos había dispuesto en su suntuosa mansión. La invitación fué desde luego aceptada, quedando convenido que al otro día tendría efecto la acordada solemnidad. Repartieronse invitaciones á las más distinguidas familias de la corte, y todo se dispuso para que la fiesta resultase bajo

todos conceptos digna de los selectos invitados que la debían favorecer con su asistencia.

—Buena ocasión—pensaba el inglés—de rehabilitarme delante de mis paisanos! Mañana tomaré el desquite del fracaso que me decidí á dar un adiós á mi país natal; mañana demostraré á mis nobles invitados de todo lo que es capaz una sólida y firme voluntad.

Lleno de entusiasmo, y paladeando ya las dulzuras de su asombroso éxito, llamó á Felipe, y encerrándose con él en su despacho, sin otro preámbulo le dijo:

—Amigo querido, lo sé todo.

Al oír acometida tan inesperada, Felipe se sintió presa de la más áspera impresión. Aquel *todo*, á pesar del tono apacible y amistoso con que fué pronunciado, lo tradujo como anuncio de inmediata despedida, de una inevitable separación de la mujer amada, sin cuya presencia no comprendía ya el joven cómo le sería posible vivir.

Lord Stumpher adivinó lo brusco de la impresión que atormentaba á Felipe, y sonriendo bondadosamente continuó:

—No hay que apurarse, mi querido Felipe, ya que todo se puede conciliar. Es verdad que entre los invitados que mañana honrarán mi casa se halla mi presunto yerno; pero, si tú quieres, puedes ganarle la partida: ya de ti sólo depende; en tu mano está el conseguirlo.

—¿En mi mano!—repitió Felipe, sin darse cuenta de lo que aquel hombre hablaba.

—Como lo oyes—prosiguió el inglés.—No ignoras que mañana, además de mis ilustres compatriotas, espero al Secretario de Estado y á varios personajes de la corte. Unos y otros, ¡infelices! me tienen, pues.... la expresión resulta algo dura, pero te la diré conforme la sienten; me tienen por un rascacrietas vulgar.... ¡ignorantes! Es preciso persuadirles de lo lamentable de su error; quiero fascinarlos, obligarles á que se rindan á mi indiscutible mérito artístico; en resumen, quiero tocar como tocas tú. La mano de la hija de lord Stumpher bien vale un milagro; óbralo, y quedarás contento de mí.

Poco le faltó á Felipe para caerse de espaldas al oír tan peregrina proposición. Aquello equivalía á echarle de su casa; tan disparatado anhelo era la negación de sus esperanzas, de sus ilusiones más puras, de sus generosos sueños de amor. Persuadido de tal verdad, vaciló unos momentos en resolverse á contestar; pero de pronto, una idea tan audaz como original cruzó por su mente, desalojando la zozobra que acababa de invadir su imaginación.

—Si milord—contestó—me promete observar en todo mis consejos, respondo de su éxito.

—Por entero me someto á tus órdenes. Manda y obedezco, y en absoluto cuenta con mi sumisión.

Al otro día, y á la hora previamente acordada, los invitados empezaron á invadir los salones de lord Stumpher, resplandecientes aquella noche como un lago de oro en ebullición. El concierto debía tener efecto en un espacioso salón soberbiamente decorado, una de cuyas puertas se hallaba defendida por artístico y finísimo tapiz. Ante él debía colocarse el concertista, según lo convenido con Felipe, que fué asimismo el que dispuso el programa, cuyos números fueron ejecutados en medio de un éxito creciente, que rayó hasta el delirio alguna vez.

Todos los asistentes quedaron entusiasmados, no siendo las señoras las que más parcas se mostraron en sus elogios al noble lord; el éxito excedió en mucho á las ambiciones de éste, y tan extraordinario fué, que un alto dignatario palatino le rogó que se dejase admirar una noche al menos ante la corte de Fernando VI.

Arbunado por triunfo tan excepcional, apresuróse Stumpher á buscar á su secretario, con el cual deseaba compartir una gloria de la que había sido decidido colaborador; pero sus buenos deseos no pudieron pasar de tales; con gran asombro se enteró de que Felipe había desaparecido.

Cuando éste volvió á presentarse ante él, el improvisado artista le abrazó con efusión paternal, exclamando con bondad suma:

—Has cumplido conmigo como el mejor de los hombres, tócame á mi vez dar cumplimiento á mi promesa.

Pocos días después Felipe era esposo de Meg, y la dicha más completa parecía iluminar la morada de aquellos seres mil veces venturosos, cuando, respondiendo á una invitación que el Soberano acababa de dirigirle, hizo saber el lord á sus hijos que iba á dar un concierto en el palacio de Madrid. Esforzóse vanamente Felipe para disuadirle de aceptar una invitación que, si le honraba en alto grado, le exponía en cambio á un ridículo más amargo cuanto menos presentado.

—Nada temas—le contestó su suegro;—desde el último concierto nadie como yo sabe de lo que soy capaz. Necesito que se me oiga: cuando toco sin público, no ine resulta lo que ejecuto; es este un fenómeno que, á haber presenciado el concierto de la otra noche, por ti mismo podrías juzgar.

—Pero advierta usted que no siempre está uno de vena. —Eso no te dé cuidado. Ante el Rey y sus cortesanos, calcula dónde volará mi inspiración. He dado al fin con el público con que soñaba, con el que sólo me puede inspirar y comprender.

Felipe adivinó que era aquel asunto perdido, y desandando evitar á su suegro la más tremenda de las decepciones, resolvió revelarle lo que de lo contrario hubiera sellado siempre con su más reservada discreción; de ahí que con la suavidad posible le dijera:

—Pues que usted se obstina en su malhadada idea, véome, á pesar mío, obligado á revelarle una verdad que había resuelto ocultarle siempre. Cuando el concierto dispuesto en obsequio de sus ilustres compatriotas, el verdadero ejecutante no fué usted, fui yo. Usted puso á precio mi dicha; por un instante vi destruida mi ventura; después, el ansia de salvarla me sugirió un disculpable ardid.

Lord Stumpher miró á Felipe con asombro rayano á la estupidez, y aquel continuó:

—Comprendo su sorpresa, milord; pero después de todo, ¿qué deseaba usted? ¿conseguir un triunfo? Si era esto sólo lo pactado, creo que cumplí con mi deber.

—Pero ¿qué hiciste? dime eso pronto, y sícame cuanto antes de mi horrible ansiedad.

—Hice lo que sólo me fué dable hacer, milord; inutilizar su violín y tocar yo oculto detrás del tapiz....

Lord Stumpher no acertó á contestar. La decepción, el golpe y el desencanto que acababa de sufrir eran sólo comparables á un desquiciamiento interno que sepultara en sus ruinas palabra, entusiasmos, iras y exaltaciones propias de todo burlado ser. Sus laureles de artista acababan de agostarse para siempre; la corona que ceñía sus sienes era de agudas espinas, tan dolorosas y punzantes, que desgarraron una á una las últimas ilusiones de aquel pobre soñador.

.....
Algunos días después, un brillante cortejo fúnebre se dirigía por el camino del Pardo en dirección á Madrid.

—Es el cadáver de lord Stumpher—decían algunos al verle pasar;—un hombre archimillonario, un lord de Inglaterra que tocaba maravillosamente el violín. ¡Morir cuando iba á tocar delante del mismo Rey!....

Siguían á tales comentarios los elogios más cumplidos, dedicados todos á ponderar los supuestos talentos artísticos del malaventurado lord. ¡Sarcasmo mil veces doloroso! Entre los que comentaban las aficiones y excentricidades del lord, ni uno sólo sabía que moría víctima de un ideal, que fué su tormento, su pertinaz y dolorosa preocupación.

ANTONIA OPISSO.

LA FAMILIA DE MONSÁLVEZ.

Continuación.

XIII.



N rato después todo parecía reposar, y sin embargo sólo los criados gozaban el inapreciable beneficio del sueño: D. Pablo, desvelado, daba vueltas en su lecho, y una grave inquietud, un remordimiento sordo atenazaba su corazón. Rafael marchaba á exponer su vida en la terrible guerra que asolaba á España, y el primer motivo de tal resolución era la carta que él había escrito á su hermano, pues si las circunstancias no vinieran á contrariar un amor que ya no le parecía *capricho de niños*, al caso no hubiese tenido tanta prisa por concluir la carrera é incorporarse al ejército; y siendo así, ¿á quién sino á él tocaba la responsabilidad de la suerte que cupiera á su sobrino?

—Cuando Dios lo ha permitido, bien estará á todos—dijo al fin resumiendo en tan breves frases muchas horas de amargas reflexiones.

Por su parte D.^a Justa derramaba entonces lágrimas que logró reprimir durante la velada; el destino de Rafael la parecía tan unido al de su hija, que no se atrevía á pensar en la desgracia de uno sin temer por el otro. Las tristezas de Floriana eran espigas de dos puntas que herían á la vez los corazones de la madre y la hija; y la esposa de Monsálvez, aterrada por los peligros del presente y las contrariedades que preveía en el porvenir, ponía su única esperanza en el cielo, y desde lo íntimo del alma elevaba fervientes súplicas por la felicidad de los seres á quienes tanto amaba.

Rafael, también despierto y aun levantado, febril, dicho cuanto es posible serlo, repetía mentalmente la respuesta de su prima, y experimentaba en ello delicias inefables; apresurábase á la vez y terminaba silenciosamente sus preparativos de marcha, rompiendo papeles inútiles, y acomodando en la maleta los que juzgaba necesarios; parecía vivir una vida nueva y que su amor había aumentado. ¿Cuántos alegres sueños de felicidad acudían á su mente! ¿Qué importaba la oposición de la familia? ¿Serían ellos los únicos que se unieran contra la voluntad de los suyos? Si D. Pablo hubiese podido penetrar sus pensamientos, habría quedado harto sorprendido. Trabajo le habría costado reconocer en el resuelto amante al obediente y silencioso burgalés.

En cuanto á Floriana, ni pensaba, ni soñaba, ni sentía más que una pena horrible, infinita, abrumadora. Rafael iba á exponerse á mil peligros desde que se asentara de Madrid, y esta idea desgarraba su enamorado corazón. Arrodillada en el reclinatorio, balbuceaba plegarias y derramaba al par amargo llanto. ¡Ay! las primeras luces del alba la sorprendieron así; ¡pasó la noche sin que se apercebiera de ello!

Hay ocasiones en la vida que se anda, se dan órdenes, se pregunta y se contesta, y sin embargo, el espíritu permanece tan alejado de cuanto le rodea, que ni sabe lo que hace el cuerpo, máquina inconsciente como un automóvil. Tal fué el estado de ánimo de la familia Monsálvez las últimas horas que permanecieron reunidos: ninguno habría podido recordar después lo que pasó en ellas.

Para evitar á su esposa y á Floriana las dolorosas emociones de la despedida, se impuso una vez más el inflexible carácter de D. Pablo, y á pesar del vivo disgusto de Rafael, se lo llevó consigo una hora antes de la que la madre y la hija creían que iba á marchar. La doncella, que sospechaba los sentimientos de su señorita (para qué sirve puede haber secretos?), acudió pronta á darle la noticia, y la hija de Monsálvez corrió desolada al balcón, que abrió con violencia; el ruido, ó más bien, la intuición de lo que sucedía, hizo levantar los ojos al joven, y durante un minuto, en la mirada que trocaron, se confundieron otra vez sus almas y cambiaron todos los tristes adioses que les negaba la severidad del jefe de la familia. Preocupado éste, no advirtió la presencia de su hija, que continuó asomada hasta que la gallarda silueta del oficial dejó de percibirse en el dilatado terreno que alcanzaba la vista.

Cuando la afligida joven se retiró del balcón, pálida, y tan trastornada como si estuviera peligrosamente enferma, doña Justa estaba en pie detrás de ella; abrió los brazos y Floriana se arrojó sollozando en aquel bendito puerto de refugio para los hijos abrumados de dolor: durante largo rato se confundió el llanto de ambas, silencioso como sus penas. ¿Qué podía decir la esposa de Monsálvez, si comprendía que para aquel corazón hecho pedazos eran inútiles y hasta enojosos los consuelos?



Copyright, 1892, by Harper and Brothers.

18.—Traje de paseo.

—¡Cálmate, cálmate, hija mía!—pudo exclamar al cabo la buena señora.—Deja tu suerte en manos de Dios, y resignate á su voluntad.

—¿Volveré á verlo, madre mía querida?—balbuceó la infeliz amante.

—¿Por qué no?—repuso con un suspiro D.^a Justa, hallando en esta contestación evasiva la única que podían dar sus dudas y temores.

Dos horas después el tren expreso del Norte se llevaba á Rafael, y D. Pablo tornaba á casa más preocupado y triste de lo que hubiera querido estar por aquel acontecimiento.

XIV.

No es fácil pintar con sus verdaderos colores la tristeza que invadió el hogar de los Monsálvez desde que marchó el joven oficial; habiase llevado consigo, no sólo la alegría de Floriana y la tranquilidad de su madre, sino también la paz del ánimo del jefe de la familia, que lejos de recobrar con la ausencia del sobrino el reposo que anhelaba, continuó en sentir el importuno gusano del remordimiento, que se revolvió continuamente en su conciencia y aumentaba lo sombrío de su carácter.

El dolor de Floriana, más visible cada día, era otro mar-

tirio cruel para aquel hombre tan reservado que encerraba en sí, como debilidades indignas, los sentimientos del amor paternal; cuando la veta pálida, rodeados sus hermosos ojos de un círculo oscuro que los hacía parecer mayores, y con las acusadoras señales del llanto harto visibles, estremecíanse todas las fibras de su pecho; pero sólo revelaba la honda emoción que sentía, al pronunciarse algo más el fruncimiento de cejas que siempre hacía temblar á la amante de Rafael.

Para aliviar en algo la afanosa inquietud que la devoraba, y resultaba á seguir paso á paso la terrible guerra, Floriana determinó leer cuantos periódicos, boletines y hojas sueltas arrojaba la prensa al interés general, y ayudada en secreto



19 á 23. — Trajes de playa.

por su doncella pudo satisfacer aquel anhelo verdaderamente febril. Pero ¡ay! todas las noticias que hallaba hacían más profundas las heridas de su triste corazón. ¡La desastrosa campaña no tenía trazas de concluir en mucho tiempo!

Eran los últimos días de Abril, y desde el 3 que, como antes hemos dicho, fué nombrado el Marqués del Duero jefe del tercer cuerpo del ejército que mandaba como general en jefe el Duque de la Torre, nuevo espíritu de lucha animaba los dos campos. La hija de Monsálvez leía entristecida los encuentros y combates continuos, los detalles del sitio de Bilbao, que duraba desde el 21 de Febrero, y sabía que muy pronto la vida de su primo pendería, como tantas otras,

de los inescrutables juicios de Dios. ¿No tenía, en verdad, motivos de sobra para vivir muriendo?

El 26 empezó por fin el Marqués del Duero á mover sus tropas para acudir en defensa de la ciudad sitiada; confirió el 27 en Miramar con Serrano, pasó la noche en Otáñez, y el 28, al amanecer, montó á caballo, apreció el conjunto del terreno, rectificó su plan de ataque, y á pesar de que el ejército carecía de raciones, simuló un combate por Carranza, para efectuarlo por las Muñecas.

Rafael, cuya ansia de luchar con enemigos reales en vez de los fantasmas que torturaban su espíritu, le había hecho adelantarse el plazo que le concedieron, llegó el 27, al caer la

tarde, y por primera vez entró aquel día á desempeñar su peligroso destino. Aturldo al principio con escenas tan nuevas para él como horribles, pronto se repuso, y su valor rayó tan alto, como la serenidad de que daba pruebas en los momentos difíciles; en breve el nuevo oficial fué objeto de admiración, no sólo para su jefe, sino hasta para los más veteranos entre sus compañeros de armas, y puede asegurarse que en algunas horas se creó una reputación digna de envidia.

A medida que el día avanzaba hacíase el combate general y terrible, sobre todo en el pico del Haya. Las tropas del general Echagüe empezaban á vacilar, cuando el Marqués

del Duero corrió con su último batallón á reforzarlas, lo grandolo, á pesar de la lluvia de balas que enviaba el enemigo; mas casi al mismo tiempo que el bravo jefe recibía una contusión en el hombro izquierdo, un proyectil rompía el brazo siniestro del teniente Monsálvez, que impávido, aunque sufría horriblemente, continuó al lado del General, sin dar importancia alguna á la herida, que entre el fragor de la pelea no fué apreciable de nadie. Ganáronse al fin las alturas de las Muñecas, rechazando á Ello y la división carlista, y las tropas liberales pudieron tomar el reposo que bien merecía tan dolorosa jornada.

Cerró completamente la noche, y para hacerla más pesosa empezó á caer una lluvia torrencial; el abandono en que había dejado su herida, la humedad ó el cansancio, postraron al cabo las fuerzas de Rafael, y cuando el General, que á pesar de la inclemencia del tiempo vivaqueaba entre las tropas, le envió á llamar para felicitarle por su bizarra conducta durante el día, Monsálvez se hallaba en estado de acudir; habiase apoderado de él una calentura tan violenta, que le producía delirio, y el Marqués, vivamente interesado por el heroico valor del nuevo ayudante, dió orden para que le asistiesen con esmero, reservándose solicitar del Gobierno la recompensa á que le juzgaba acreedor.

Si el orgullo hubiera dominado en el alma del joven burgalés, los elogios que todos le tributarían habrían satisfecho al más exigente; mas Rafael sólo abrigaba un pensamiento y un deseo: el amor que sentía por Floriana, y el anhelo de ofrecerle una posición digna de ella.

Pero mejor que nosotros, da cuenta de los sucesos que siguieron al combate un fragmento de la carta que, apenas repuesto de su herida, escribía Rafael á sus padres:

«.....Me afligen sobremanera las penas que os causo, y quisiera poder evitarlas; mas qué carrera no tiene peligros? Olvidad, por Dios, el pasado, y pensad sólo en la gloria que es servir á la patria buena y lealmente; bien podéis creer que, lejos de estar arrepentido, si diez veces hubiera de elegir, siempre sería militar. ¡Oh amados padres míos! No lleáis mi corazón de tristeza con vuestras angustias y temores: dejadme gozar tan hermosa etapa de mi vida con todas las ilusiones y alegrías que ahora me acompañan. ¿Sabéis qué premio van á tener las pocas gotas de sangre que he vertido en defensa de nuestros sagrados ideales? Pues mi bueno y bravo jefe el Marqués del Duero ha solicitado nada menos que la cruz laureada de San Fernando, esa cruz que sólo se gana con hechos heroicos, y que honra siempre el pecho donde se ostenta: os aseguro que me avergüenzo de obtenerla con tan poco trabajo.»

Cuáles serían éstos, júzguese por la distinción que le otorgaban y que en justicia merecía; pero la modestia de Rafael sólo podía compararse con su admirable valor.

XV.

Dícese vulgarmente que las malas nuevas tienen alas, y debe ser cierto, pues al tiempo justo de llegar el primer correo del Norte, después de la acción de las Muñecas, informado de ella Leoncio Suárez, se hizo eco de las cien trompas de la fama, y publicó en todo Madrid el resultado que había tenido para su discípulo. Lucila, enterada del suceso antes que nadie, creyó un deber de amistad dar por sí misma la noticia á Floriana. Así, cuando menos se la esperaba, presentóse con miss Butler en casa de Monsálvez, y mientras el aya, aleccionada por su discípula, entretenía á D.ª Justa, la hija de la Condesa, sin ninguna clase de rodeos, susurró al oído de su amiga que Rafael estaba herido.

Hay seres que tienen verdadero placer en dejar caer las noticias desagradables como bombas de dinamita, y estudiar en el semblante del interesado el efecto que producen; pero si tal fué la intención de la señorita del Río, tuvo con su amiga un terrible desengaño, pues la joven, un poco más pálida que de costumbre, aunque serena al parecer, le dió friamente gracias por el interés que manifestaba, y procuró con mucha naturalidad hacer general la conversación.

Pero Lucila, que, ávida siempre de emociones, había creído presenciar una explosión de dolor tan grande, como grande era la pasión que suponía entre los dos primos, despechada por haberse equivocado, abrevió la visita y se marchó con su institutriz, la cual juzgamos inútil decir que fué la paciente víctima del mal humor de su discípula, si bien la pobre inglesa estaba ya tan acostumbrada á tales caprichos, que para nada se cuidaba de ellos.

Mas cuando se cerró la puerta á espaldas de la imprudente amiga, la falsa indiferencia de Floriana vino á tierra, y lloró como si el corazón se le deshiciera en lágrimas: los suaves consuelos de su madre calmaron poco á poco el delirio de aquella horrible pena; mas continuó agonizando de inquietud, hasta que una carta de sus tíos, y la escuela de Rafael que la acompañaba, le devolvieron la esperanza, y con ella alguna tranquilidad.

El oficial escribía á D.ª Justa desde el hospital de sangre donde había sido llevado, y le daba ligeros detalles de lo ocurrido; en cambio se extendía sobre las atenciones y cuidados que les debió durante su permanencia en Madrid, recuerdos que, según afirmaba, serían *siempre, siempre*, los más agradables de su vida.

Aquellas palabras subrayadas encendieron de rubor las mejillas de Floriana. ¡Eran para ella, y aunque su primo no la nombrase en toda la carta, bien segura estaba que sólo por ella se había escrito!

D. Pablo recibió las nuevas de su sobrino con frialdad estudiada, mas palpitándole recio el corazón. Cuando se halló solo y convencido de que nadie podía verle, tornó á leer la carta, y el término exhalando un suspiro, mientras levantaba los ojos al cielo en muda, pero elocuente acción de gracias.

Si antes de tal acontecimiento la hija de Monsálvez había procurado con ansia tener noticias de lo que sucedía en el Norte, júzguese qué sería después. Así supo el combate de San Pedro de Galdames, en el cual quedó el tercer cuerpo del ejército á retaguardia de los carlistas, siendo causa de que éstos abandonaran el 2 de Mayo el sitio de Bilbao, quedando en su retirada el puente de Castrogna, y cortando

el de Bureña; la entrada de los generales Serrano y Concha en la ciudad; el entusiasmo del pueblo al recibirlos, y por último el nombramiento del Marqués del Duero como general en jefe del ejército liberal.

El 12 de Mayo salía Monsálvez convaleciente del hospital, y ocupaba de nuevo su puesto, siendo cumplidamente afectuosamente por su jefe y recibido con entusiasmo por sus compañeros, y el 15 caminaba hacia Vitoria, donde se dirigía el Marqués después de dejar fortificada y bien asegurada á Bilbao. Algunos renglones trazados momentos antes de partir dieron á las dos familias noticias del que era el más tierno objeto de interés y cariño por tantos corazones; siguiendo un silencio de muchos días, largos como siglos.

Pero Floriana sabía más de la guerra que sus padres y los de Rafael; así, con la maravillosa percepción del alma enamorada, y ayudada por la lectura de cuantos partes se publicaban en Madrid, trazaba en su imaginación la marcha del ejército, le acompañaba por Valmaseda y puerto del Cabrio á Orduña, donde penetraba sin resistencia, para continuar por Espejo y Subijana á Vitoria, y seguía después en su excursión á Salvatierra, Peñacerrada, La Guardia y el Condado de Treviño, hasta llegar á Logroño.

Mas lo que no podía saber la hija de Monsálvez era que, una vez allí, el Marqués del Duero determinó apoderarse de Estella, y en consecuencia de tal proyecto marchó por Lodoso y Lárraga á Lerín; formó su plan de ataque, dividió el ejército en tres cuerpos, de los cuales confió el primero al general Martínez Campos, y éste, aquel mismo día, 25 de Junio, tomó el pueblo de Zurucuaín.

XVI.

La noche del 26 de Junio se presentaba nublada y fría como noche de invierno: había caído toda la tarde una lluvia que había empapado el terreno, y para secar la humedad de las ropas encendieron en el campamento multitud de hogueras, alrededor de las cuales se agrupaban los soldados. Atravesábase una de esas situaciones imposibles de resistir por tropas que no pertenecieran á nuestro sufrido pueblo español, que se bate con igual bravura acreciendo de todo, como si todo le sobrara. Pero al ver la tranquilidad de ánimo de aquellos valientes, el buen humor con que departían, y la indiferencia con que soportaban las inclemencias del tiempo, hubiera sido muy difícil adivinar que hasta carecían de raciones, pues el convoy de víveres que salió de Oteiza, mal dirigido, se perdió y tuvo que retroceder.

Aislado de todos, y al abrigo de una Peña, Rafael dejaba vagar su espíritu en el sombrío horizonte que le rodeaba. ¡Ni una estrella en el cielo, ni un rayo de luz en su alma! Las sombras de los montes y los puntos más oscuros que formaban las piedras y masas de bravia vegetación, eran otros tantos fantasmas eruidos é inmóviles, que parecían amenazar al hormiguero humano que hablaba, cantaba y encendía hogueras sin respeto alguno á sus silencios y soledades. Monsálvez dirigió una mirada hacia el campamento, y su corazón se oprimió de tristeza. ¡Cuántos de los que en aquel instante reían alegremente no verían ponerse el sol del siguiente día!

¡Floriana!.... Este nombre, que subió de su corazón á sus labios como un perfume, llenó al mismo tiempo sus ojos de lágrimas. ¿Volvería á verla hermosa, sonriente, enamorada, tendidas las rubias trenzas, que parecían mezcladas con rayos de sol, y palpitante el pecho de emoción y felicidad?

Con solo este recuerdo se iluminaron para él las tinieblas de la noche, y juzgó ver á su amada, diáfana cual un espíritu, envuelta en largo ropaje azul, con el vestido que llevaba la última noche que pasaron la velada reunidos, cruzar delante de él y arrojarse al pie de su reclinatorio para rogar á la Virgen por el que había jurado amar *siempre, siempre*.....

—Y bien, Monsálvez—dijo de pronto una voz junto al oficial:—¿dormis de pie, á lo que parece?

—Perdone V. E.—repuso el joven, avergonzado de su distracción, al reconocer en el que hablaba al Marqués del Duero.

—¿Y qué he de perdonaros?—respondió éste con acento triste.—¿Acaso faltáis á vuestros deberes dedicando un rato de meditación á los recuerdos queridos, que no sabemos si mañana á estas horas seremos dueños de evocar?

Respondían tan exactamente estas palabras á sus pensamientos, que Rafael no supo qué contestar, é inclinó la cabeza.

—Esperemos, que todo irá bien—añadió el Marqués con alegría un tanto forzada;—y mejor irá cuando seamos dueños de Estella; sólo me constrian las privaciones de estos soldados, á quienes miro como hijos; ese convoy ¿por qué no habrá llegado todavía?

—¿Quiere V. E. que dé un paseo de descubierta siquiera hasta Montalvo?

—Mas loco sería yo en aceptar, que vos en proponer tal desatino. ¿Podemos exponer así las vidas de nuestros valientes?

—¡Oh! mi general.....

—Silencio.... contentaos con seguir la marcha que lleváis, y ninguno tendrá motivos para estar descontento.... A propósito, sabed que el correo de hoy me ha traído el diploma de vuestra cruz laureada.....

—No sé cómo agradecer á V. E.....

—A mi nada; agradeceed al cielo, que os ha dado el temple de que se hacen los héroes, y procurad que el combate de mañana os deje en el brazo la tercera estrella.....

—¿Será posible?

—Todo es posible cuando se cuenta con inteligencia, brazo y corazón; así lo fuera concluir con las ambiciones que sostienen esta horrible lucha de hermanos contra hermanos! ¿Cuándo se verá lucir el anhelado día de la paz?

Y el General, separándose bruscamente de su ayudante, acaso para ocultar la impotente emoción que le causaban tales ideas, continuó en recorrer solo el campamento, calentándose al par de sus soldados, y departiendo cariñosamente con ellos, mientras procuraba con su dulce y paternal bon-

dad hacer que olvidasen las privaciones á que los sentenciaba el retraso del convoy.

En cuanto á Rafael, puede asegurarse que todas las sombrías preocupaciones que le atormentaban desaparecieron ante las risueñas esperanzas que las breves frases del Marqués del Duero despertaron en su corazón. ¿Cuánto tiempo transcurrió soñando, sin dormir, viendo siempre ante él la encantadora figura de su prima, y acariciado por ilusiones que, como mariposas de oro, venían á tocar su frente y dejarle tesoros de confianza y de alegría? No hubiera podido precisarlas; pero de repente le sorprendió una faja de luz que aparecía en el cielo.... Era la aurora del 27 de Junio.....

A la vez sintió en el campamento desusada animación, y pronto comprendió la causa; el convoy de víveres acababa de llegar, y los soldados se apresuraban á tomar un refrigerio, mientras las músicas y cornetas lanzaban al aire alegres notas de armoniosas dianas. ¡No debían tardar mucho en dar la señal de ataque!

(Concluirá.)

ISABEL CHEIX.

CONTRASTES DE LA VIDA.

(UNA PÁGINA DE MIS MEMORIAS.)

ROSALÍA permaneció en la sala, sentada enfrente de mí, en ancha mecedora, como en una hamaca americana, mientras su padre conversaba con algunos amigos en el saloncito de fumar. ¡Qué enferma estaba! Yo sentía angustia al mirarla.

De pronto se levantó, y acercándose al antiguo músico de palosanto, empezó á hojear los viejos libros de música que nadie, después del fallecimiento de mi santa madre, habiase atrevido á abrir.

Allí reconoció *La Romanza de Beniuimón, Los Misterios de Iris, La Reina de Galconida*, la partitura completa de *Orfeo*, y tantas otras piezas musicales que me recordaron los mejores días de mi niñez; aquellos días en que mi madre las cantaba con voz dulcísima, acompañándose con graves y sentidas melodías.

Rosalía abrió el piano, colocó en el atril la ópera *Orfeo*, y preludió; y el piano, cerrado por espacio de siete años, había conservado su afinación, aunque los sonidos eran más débiles, y ¿por qué no decirlo? más tristes y quejumbrosos.

Pero bien pronto, bajo la presión energética y hábil de los dedos de Rosalía, el viejo instrumento resonó con vibraciones profundas, con tonalidad vigorosa y á la vez suavísima, como en sus mejores tiempos.

Y ella ¡pobre niña! ponía toda su pasión, toda su alma, en la admirable música de Gluck, en la romanza tierna y dolorosa con que Euridice, separada para siempre de Orfeo, llora sus desventuras y cada vez que el *si minor ritornello* en la romanza, su eco me parecía más triste, más quejumbroso.....

¡Qué tarde aquella! El salón espacioso, iluminado apenas por la débil luz del crepusculo vespertino; los severos muebles que le decoraban, restos venerables de la herencia de mis abuelos: el viejo reloj de péndola, estilo Luis XV, cuyo *tic-tac* monótono repercutía bajo el techo ovalado; las plantas ornamentales que cubrían los ángulos y se alzaban delante de los balcones, formando inmenso abanico sus hojas largas, angostas y puntiagudas; todo, todo contribuía á figurar en mi exaltada mente una melancólica evocación del pasado, y cuando Rosalía dejó de tocar, yo tenía los ojos llenos de lágrimas.

Ya entrada la noche, Rosalía partió con su padre; rodaba su carruaje por el camino polvoriento, bajo los frondosos árboles, y antes de ocultarse en un recodo, ella sacó un brazo por la ventanilla del coche, y me saludó con blanco pañuelo.... ¡por última vez!

¡Ay, sí! Por última vez! Pocos días después regresé á su país natal, y allí murió, en brazos de su padre, consumida su primaverales existencia por esa cruel enfermedad que busca sus víctimas entre los ángeles más hermosos de la tierra.

Para conservar mejor el recuerdo de Rosalía, á quien amé con pasión profundísima, prohibí que se abriesen en lo sucesivo las puertas de la sala donde estuvimos juntos aquella inolvidable tarde; los muebles quedaron en el mismo sitio en que estaban cuando ella partió con su padre; la mecedora donde se había reclinado permanecía inclinada cerca del balcón; la ópera de Gluck continuaba abierta en la página de la romanza de Euridice; tuve cuidado, además, de cerrar el piano con doble vuelta de llave, como si quisiera guardar allí la última impresión de los dedos de mi amada en las éburnas teclas.

Desde entonces aquel salón fué para mí un santuario consagrado por los dulces recuerdos de mi madre y de mi amada: no entraba en él una vez sin precauciones infinitas, para que ninguno de mis criados me viera; sentábase en la mecedora, y derramaba abundantes lágrimas; me acercaba al piano, y contemplaba con dolor el cuaderno de música, siempre abierto en la romanza de Euridice.

Pasaron algunos meses, llegó la primavera, y recibí una carta de mi tía Pascuala, anunciándome que ella y su hija Fernanda, hermosa rubia de veinte años, habían determinado hacer una visita á Madrid, y hospedarse en mi casa. «¿Dónde mejor (añadía la buena señora) que en casa de mi querido sobrino, el único hijo de mi lorada hermana?»

No pude rehuser, y fué necesario abrir aquel amado salón, santuario de mis recuerdos, el mismo día de la llegada de mi tía y prima: ésta, con su instinto especial de niña mimada y bella, hizo constar inmediatamente que el ambiente del salón tenía olor á *cuarto cerrado* largo tiempo, y cuando, abiertos los balcones, pudo ver la ópera de Gluck abierta en la famosa romanza, la mecedora lejos de su sitio, la alfombra arrugada, los cortinajes llenos de polvo y la

péndola del reloj inmóvil, exclamó con un mohín de disgusto:

— ¡Pero si esto es un abandono, un desorden que no merece perdón de Dios!

Y llamando en el acto á mi ayuda de cámara, le ordenó que el salón quedase perfectamente limpio y arreglado antes de la hora de comer.

— ¡Adiós mis dulces recuerdos de Rosalía!

— ¿Y el piano?— continuó Fernanda.— ¡Vamos! ¿Se habrá librado del abandono?

Y con sus dedos aristocráticos y sonrosados empezó á hacer esfuerzos para abrir el arqueológico instrumento.

— ¡No le toques, prima!— gritó con voz de enojo.— ¿No ves que es un mueble muy viejo? Tus manos de rosa, créeme, bastarán para hacerle pedazos.

— ¿Si? Pues dame la llave, y le abriré.... ¡Estoy segura de que el teclado tiene cuatro dedos de polvo! ¿La llave!

— ¿La llave? ¡Ah, ya!.... Pues no sé dónde se encuentra.... Indudablemente se perdió hace mucho tiempo.

— ¿De veras?— dijo Fernanda con sonrisa de incredulidad.— ¡Vaya! La buscaremos.... ¿A que la encuentro, primo? ¿Qué desorden, Dios mío, qué desorden! ¿Pero en qué piensas para que te domine tanto abandono?.... A ver si está la llave en aquel jarrón de porcelana, sobre la chimenea....

Y se dirigió á buscar la llave en todos los objetos que decoraban el salón, sin olvidarse de mirar discretamente detrás de los cuadros.

Yo me reía, á pesar de mi disgusto, al observar la obstinación de mi prima, y no pude reprimir una sonora carcajada cuando la vi sacar del entrebós una redocilla de fina seda que yo regalé á mi pobre madre, hacía muchos años, para pescar pececillos de colores en los estanques del parque.

— ¡Bueno!— exclamó Fernanda, levantando en actitud de triunfo la redocilla.— ¡Iremos á pescar....

— ¡Ahora mismo, prima!— contesté súbitamente para hacerla olvidar sus pesquias.

— ¡Ahora no, primo!— respondió ella secamente.— Antes quiero encontrar la llave, y la encontraré.

— ¡Pero si se ha perdido!

— ¡Hela aquí, hela aquí!— gritó la muchacha, sacando también del entrebós una llavecita de talladas facetas, empuñada y áspera.

— ¡Cuidado, cuidado, porque el mueble es viejísimo!— balbuceó débilmente.

Y ella, metiendo la llave en la dorada cerradura del piano, lió dos vueltas y levantó la tapa del teclado con estridente rechinar, que me pareció doloroso gemido.

•••

Sin compasión alguna de las piadosas memorias que yo había vinculado en aquel viejo instrumento, Fernanda sacudió el polvo que cubría las teclas amarillentas, y pasó por ellas rápidamente los ágiles dedos: pero el piano, como si no quisiera corresponder al llamamiento obstinado de mi prima, sólo produjo un débil sonido, apenas perceptible, semejante á voz trémula y quebrantada por honda pena.

— ¡Cosa como ella!— dijo la impleacable muchacha.— ¡A ver, primo: ayúdame á levantar el tablero, para observar lo que ha ocurrido allá dentro....

En vano intenté resistir á aquel nuevo capricho: levantáronse el tablero, y cuando Fernanda prelió una escala, con la mirada fija en las cuerdas, ¡oh profanación! estalló un chasquido que tenía el eco de un grito de dolor.

— ¡Había saltado una cuerda! Allí la veíamos, entre sus compañeras, enroscada, todavía convulsa, y vibrante, como una serpiente á la que se ha cortado la cabeza.

— ¡Mi prima aparentemente no observó la emoción que aquel suceso me produjo, y dijo sencillamente:

— ¡Vamos á ver á cuál nota corresponde la cuerda saltada. Y repetió con doble pulsación la escala.

— ¡Es el *fa diesis*!— exclamó en seguida.— El *fa diesis* no responde.... ¡Claro! Como que el cuaderno de *Orfeo* estaba abierto en la romanza de Euridice, y en esta romanza *retorna* tres veces esa nota.... Dime, primo: ¿quién ha tocado aquí la romanza?.... ¿No quieres decirme?.... Pues los dedos que á tocaron la última son los culpables del siniestro que ahora lamentamos.

— ¡Culpables los dedos de Rosalía! ¿Puede haber en la vida mayor contraste? ¡Yo, que guardaba en mi corazón la expresión indefinible que mi amada supo dar á la romanza, óia decir que Rosalía era culpable de haber saltado la cuerda del *fa diesis*!

— ¡Cómo te aflige, primo, esta desgracia! ¿Vamos, no lores!— murmuró riendo Fernanda.— ¡Ayúdame, y arreglaremos en dos minutos este fracaso.... Dame la llave de afinar y el alicate.

— ¿Podéis creer que me sentía inmensamente ridículo ante la sonrisa irónica de mi prima? Hice un supremo esfuerzo para recobrar la serenidad, y entregué á Fernanda la llave y el alicate que me pedía.

— Efectivamente: en menos de dos minutos las dos extremidades de la cuerda rota quedaron fuertemente unidas, y el *fa diesis* resonó potente y clarísimo.

— Eres, prima— la dije con verdadero entusiasmo— muy hábil afinadora de pianos y muy discreta artista.

Y ella, pasando los dedos por el teclado, y deteniéndose con grata complacencia en la tecla que correspondía á la cuerda anudada, repeta:

— ¡*Fa!* ¡*Fa!* ¡*Fa!*....

Y la cuerda producía una vibración cada vez más limpia y sonora.

Ejecuté en seguida, con rapidez prodigiosa, una sinfonia de Rossini, y luego, con su voz fresca y purísima, que dejaba caer las notas cual si fueran lluvia de perlas en ancha taza de mármol, cantó la romanza de Euridice.... El *fa diesis*, en tono mayor, había perdido su lígubre tristeza, su expresión de angustiosa pena: era entonces una nota alegre, viva, semejante á los gritos juguetones de una colegiala....

El salón, antes sombrío y tético, pareció saturado de un ambiente festivo; el piano había recobrado su limpidez y recia sonoridad de otros tiempos; un rayo de sol iluminaba los viejos muebles, y los árboles del parque se columpiaban graciosamente, acariciados por la brisa de la mañana.

La voz de Fernanda respiraba juventud y alegría, esparciendo una atmósfera vivificante sobre aquel salón hasta entonces inanimado y muerto como la cripta de un sepulcro.

Y yo, dominado poco á poco por la fascinación que ejercía en mí alma la belleza espléndida y la franca alegría de Fernanda, comprendí que hita de mi corazón la negra tristeza, que se desvanecían como una sombra las amarguras y las penas.

— ¡Volvime para contemplar mejor á la nueva Euridice, y entonces Fernanda, apartándose rápidamente del piano, cogió la redocilla de seda, y echó á correr, como una avecilla perseguida, gritando:

— ¡Ahora, primo, vamos á pescar pececillos de colores....

.....

— ¡Contrastes de la vida! A los seis meses fui esposo de mi prima Fernanda.

RICARDO M. DE BRETÓN.

LA LEYENDA DE LOS HELECHOS,

Y LA VELADA DE SAN JUAN.



El modo que la religión católica concede á los fieles un punto de contrición para redimir sus culpas y librarse de los castigos eternos, la superstición popular concede por su parte á las plantas una sola noche en el año para expeler de sí sus maledicciones, y aun adquirir virtudes excepcionales. Esta noche es aquella durante cuyas horas los chicleos llenan de fogatas las calles; las doncellas se aperciben á cobrarse sus tuestos de albahacas al raso para que sobre ellas caiga el rocío del cielo, y las matas adquieren así maravillosas propiedades; los viejos surgen en tarros llenos de aceite la balmamina con que han de curar las heridas; es, en fin, la noche de la magia, de la poesía, del amor: la noche de San Juan.

Cuando la imaginación del pueblo se empeña en dar desmedidas proporciones á los hechos y aun á las cosas más insignificantes, queráis ó no, tenéis que sucumbir á sus pretensiones, por descabelladas que éstas sean.

Así como nos aconseja el proverbio que al viento y al loco debemos, para que no nos atropellen, abrirles calle, al vulgo hay muchas veces que dejarlo en sus creencias, si no queremos sentar plaza ante él de zafios é ignorantes. Pues el vulgo, que ha visto en los encendidos crepúsculos, en las apariciones de los cometas, en el graznido del cuervo, en el aullido del perro, en el pábulo de la buja, en el detalle más insignificante augurios mil, á cual de ellos más aterradores, quiere que el 24 de Junio, en que acontece el solsticio de verano, sea un día feliz para todas las plantas. San Juan representa, á juicio suyo, la aurora, es decir, el despuntar de la era cristiana, y por eso, en su loor, enciende por todas partes hogueras. San Juan instituye el bautismo, y por eso la noche de su natalicio cada gota de rocío que cae sobre la hoja de cualquier hierba, sobre la corola de cualquier flor, vale más que si cayera sobre ella toda una pila de agua bendita. Las razones en que se funda el vulgo para creer esto no pueden ser más contundentes. El Bautista lavó con las aguas del Jordán á Cristo, del pecado que como hombre heredara de nuestros primeros padres; luego el rocío que caiga sobre la tierra la noche de su natalicio, se halla dotado de extraordinarias virtudes mágicas. Después de todo, semejante superstición apenas tiene malicia, si se la compara con aquella otra que concede á las fuentes naturales, por ambición ó capricho, exageradas virtudes medicas; que estas creencias se han propagado con fines lucrativos, mientras las otras sólo á inocentes preocupaciones deben la vida. Por eso las unas serán siempre la parte poética, digámoslo así, de nuestra religión, y las otras serán siempre la parte material y grosera.

Pues el agua luminosa de San Juan, como se denomina vulgarmente, que sirve en unos países para curar las enfermedades de la piel, en otros para expeler las fiebres, en estos para dar frescura y transparencia á la epidermis, en aquellos para fortificar y hacer que nazca el pelo, y en todos para prolongar hasta lo indecible la vida; la tradición quiere que á su vez sirva para convertir los helechos en una especie de misterioso talismán, á cuyo influjo pueden descubrirse, doquier que se hallen, los más ignorados y más valiosos tesoros. Mejor aún que cuantas digresiones á este propósito pudiéramos hacer, lo explicará todo una leyenda, la cual, si por sus insulseces aparece cándida y sencilla como el cuento que la nodriza refiere al niño minutos antes de acostarse, tiene sus puntas y ribetes de filosófica y moral. He aquí el pasaje á que nos referimos.

A la hora en que el sol se acuesta y las estrellas aparecen en el firmamento irradiándolo todo de luz y poblándolo todo de fantásticas sombras, caminaba en dirección á su choza, cabizbajo y pensativo, un pastor, quien, poco afortunado, cada día solía perder, en sus excursiones por la sierra, alguna que otra oveja. Nuestro hombre no era codicioso que digamos; pero, como á cada hijo de vecino, le contrariaba mucho ver cuál crecían en cabezas los rebanos de sus compañeros, y con qué rapidez iba el suyo poco á poco diezmandose. Estas sensibles quebras del oficio le mortificaban tanto más, cuanto que en modo ninguno podía el infeliz evitarlas. En vano, una vez fuera del redil, seguía con la vista una por una á todas sus reses; en vano con habilidad suma disparaba su honda contra las ovejuelas descarriadas; en vano elegía la llanura como sitio más adecuado á sus intentos para el pastoreo: ya por zancas, ya por barrancas, al fin de la jornada algún cabritillo, alguna oveja, alguna res mayor había cotidianamente de faltarle. Desesperado de tanto buscar inútilmente por colinas y otros, por riscos y breñas las reses extraviadas aquel día, retirábase triste el pastor, cuando, sin darse cuenta de ello, se metió de rondón en un campo de helechos, cuyos tallos verdes y frescos aparecían en aquel momento armados de diminutas pero brillantes flores. No reparando sus ojos en la floración espontánea de estas matas

y tronchándolas sin piedad, fué poco á poco abriéndose por entre ellas camino. Las pobres criptógamas, que á esta familia pertenecen los helechos, al sentirse heridas dejaban caer al suelo sus florecillas con tal profusión, que en contados segundos cubrieron sus totacas abarcas. Eran de suyo, al parecer, tan nimios estos detalles, que no lograron despertar la atención de nuestro protagonista. Y sin embargo, la cosa lo merecía en extremo, como verán las lectoras al finalizar este relato.

De improviso, cual si le hubieran comunicado alguna fausta nueva, levantó los ojos al cielo; su cara de vinagre cobró indecible expresión de alegría, y frotándose de gusto las manos, dijo á voz en cuello estas al pronto incomprensibles frases: «¡Loado sea Dios! Ya conozco el lugar en donde se ocultan mis perdidas ovejuelas.»

Después, aprieta á correr con dirección á su casa, y de trecho en trecho continuó murmurando entre dientes: «De fijo el espíritu de algún ser sobrenatural se ha infiltrado en mi cuerpo esta noche, pues como nunca pudiera imaginar, conozco el secreto necesario para hacerme rica en menos de un periquete.»

Solazándose con estas ideas, llegó sin sentido apenas á su casa. En el dintel de la puerta, contemplando las hogueras que en una extensión vastísima los campesinos habían encendido aquella noche en honor á San Juan, estaba plantada su mujer, y al verlo, no pudiendo contener el mal humor que le produjera su tardanza, lo recibió con una lluvia de reconvencciones. Pero no paró todo en esto. Recontadas las cabezas del ganado, y viendo que le faltaban nada menos que cuatro, lo puso de zote, de cernicalo, y otros calificativos sinónimos, que no había por dónde cogerlo.

El bueno del pastor armóse de paciencia, y sin replicar palabra aguantó el chubasco. Cansada por fin la mujer de hacerle bailar sin ton ni son á la sin hueso, se vino á razones, y entonces le dijo como no tenía motivo para armar tal gresca, ya que en modo ninguno él había malgastado el tiempo.

Llena de curiosidad, interrogó la mujer, y el pastor le replicó que era dueño de un secreto, mediante el cual, no sólo recamparían las perdidas ovejas, sino que serían dueños de fabulosas riquezas.

Tomó la mujer á broma cuanto le anunciara su marido; pero viendo, tras varias preguntas, que se formalizaba, pidióle á éste que, sin dilación, aquella misma noche se apoderara de elementos tan necesarios para su bienestar. El pastor, que no cabía en sí de gozo, y, á la verdad, no deseaba otra cosa, cogió un azadón con que poder, en caso preciso, remover la tierra, y se dispuso á partir. Si no se detiene, de seguro logra su intento; pero se le ocurrió á su mujer, viendo lo estropeadísimo que traía las abarcas, aconsejarle que las reemplazara por otras más nuevas, y todo se malogró. Apenas se hubo desprendido del calzado viejo, y con él de las florecillas que al pasar por los helechos se colaran dentro, perdió de tal manera la memoria, que no supo ya dar, por más esfuerzos que hizo, ni con el paraje en donde se ocultaban las perdidas ovejas, ni con el paraje en donde se ocultaba el codiciado tesoro.

Cayendo en la cuenta de lo sucedido, á la mañana siguiente pensó emendar el yerro, acaparando nuevas flores de helechos por todas partes. Vano empeño el suyo. En cuantas matas encontró al paso, no halló ni una para un remedio. Con la aurora de San Juan todas habían desaparecido.

Consecuente con ésta y otras leyendas análogas, una parte del vulgo quiere que los helechos simbolizan la luz fugaz de los relámpagos que esclarece á intervalos la tormenta, mientras otra parte quiere que las semillas nacidas en forma de diminutos tubérculos por el envés de las hojas, hayan brotado sobre la superficie terrena en el instante mismo en que el Bautista vino al mundo.

GINÉS ALBEROLA.

HORAS DE LUZ (1).

Cuando amanece la aurora
Después de una noche larga,
En la tierra y en el cielo
¡Qué alegría se derrama!
Las más horribles negruras,
Los más siniestros fantasmas,
Al tomar sus formas reales
Ni intimidan ni acobardan;
La Naturaleza entera
Despierta, sonríe y canta
Sin temor; la luz del día
Es la luz de la esperanza.
Así también, cuando sale
El sol de Dios en el alma
Después de una larga noche
De dudas desesperadas,
Serchase el corazón,
Todo ríe y todo cambia;
La carne que parecía
Una fiera siempre airada,
Es un espantajo vil
Que ya no muere ni daña;
El dolor un dulce amigo,
La muerte.... un viaje á la patria!

LUIS RAM DE VIL.

Zaragoza, 4 de Junio de 1892.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirlas las Señoras Suscriptoras á las ediciones de lujo, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del mismo periódico, ó por cualquier otro medio.

(1) De un libro próximo á publicarse con este mismo título.



24 y 25. — Trajo para niñas de 8 á 10 años.
Espalda y delantero.



26. — Trajo para niñas de 7 á 9 años.



27 y 28. — Trajo para niñas de 9 á 11 años.
Dolantero y espalda.



29 á 33. — Trajes de campo y excursiones.

Las consultas que se nos dirijan en carta anónima, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras, no serán contestadas.

Á UNA SERRANA.—Debe hacer el traje de la tela de la muestra como el grabado 30 de nuestro número del 30 de Marzo, y ponerle de adorno cinturón y cuello de faya del mismo color y encajes erudos.

Siento mucho no poder decirle el precio de esos cinturones, pues varía mucho según la clase de piel ó de azabache; mas lo que sí puedo asegurarla es que se estilan, y que los encontrará desde el precio más económico hasta el más alto.

Á UNA LUGAREÑA.—La receta para oscurecer las canas, publicada ya en este periódico, puedo asegurarla que es completamente inofensiva.

El agua de bórax es astringente, y sirve para las enfermedades nerviosas; mas para lo que usted padece es mejor lavarse con agua de salvado.

La aconsejo, para el traje de su señora madre, la hechura que indica el grabado 33 de nuestro número del 6 de Mayo, que es seria, y adornándole con encajes de Chantilly quedará un traje elegantísimo.

Á UNA RUBIA.—Debe poner al traje de encaje viso hefiotropo, ó del mismo color del encaje, que hará mejor que granate.

Si se lleva la muselina con flores; así es que puede elegir con libertad entre ésta ó blanca, en la seguridad de que las dos son elegantes.

Las esquelas para participar un nacimiento son así: «D.... y D.... tienen el gusto de participar á V. el nacimiento de su hijo N....» (aquí el nombre de pila.)

Á UNA MORENA.—Toda la ropa del equipo se marca con el nombre de la novia, y lo mismo las sábanas que todo lo demás, indistintamente, con las iniciales sueltas ó enlazadas, ó bien con el nombre entero, pues las tres cosas se estilan, y lo que suele hacerse para variar es marcar de estos tres modos. También se hace, aunque no es costumbre tan usual, marcar la ropa de casa con los apellidos de ambos cónyuges.

Estará bien, y es de moda, marcar la mantelería de fresco con iniciales de color dorado.

Á UNA ELEGANTE.—Puesto que en esa playa no hay demasiado lujo, basta con que se haga tres trajes.

1.º Traje de pañete ó lana, estilo sastrer, que tenga chaqueta abierta, para dejar ver un plastrón, que puede variarse de muchos modos, á fin de dar al traje cada día un nuevo aspecto.

2.º Traje de crepón de lana, adornado con cintas y encajes.

3.º Traje de más vestir, de fular, en fondo claro, con el que pueda ir alguna noche al Casino.

Con éstos, y con los dos trajes de batista ó céfiro, puede usar perfecta mente.

Cuanto á los sombreros, uno grande, de *paillason*, adornado con flores ó cintas; otro de paja de arroz, negro, y una celina ó *vide* de caña, con plumas, es lo necesario para esos trajes.

Medias blancas con rayas ó lunares claros, y zapato escocés de piel de Rusia ó cuero, para diario, y de tafelto, para vestir.

Á D. T. R. DE L.—La carne de vaca en su jugo es muy fácil de hacer.

Se corta un pedazo de cadera ó de lomo bajo, de tres dedos de grueso, y se pone al fuego en una cacerola de metal, con un buen pedazo de manteca; se echa sal, y se va volviendo por todos lados para que se dore y suelte el jugo; se tiene cociendo así, á fuego lento, durante dos horas, y entonces se coloca en una fuente, se espolvorea con perejil y pimienta, y se vierte por encima la grasa en que se ha hecho, después de añadir dos cucharadas de agua.

Á UNA DALIA AZUL.—No debe emplear para el vello el procedimiento que me consulta, pues además de ser doloroso he oído decir que aquí sale con más fuerza.

Puede estar segura de que los polvos no son los que le ocasionan esa molestia.

Las dos muestras que me envía son de moda, y debe confeccionar la clara como la segunda figura del figurín iluminado de nuestro número del 6 de este mes, adornado con encaje inglés ó guipur, y cintas y pechero de raso verde musgo ó azul pálido; y el traje obscuro, como el grabado 15 del mismo número, y adornarlo con cinturón, cuello y lazos de raso ó terciopelo rosa ó verde, como las rayas, y encajes negros.

Las camisas de dormir se hacen de los dos modos que indica, pero más generalmente son blancas.

Se estilan mucho los sombreros de paja calada.

En la estación presente se empieza á ver las frentes descubiertas; pero lo que más se lleva es el flequillo rizado en pino.

Á UNA APRENSIVA.—Para que desaparezcan las afecciones ligeras de la piel, las manchas encarnadas y los granillos que invaden frecuentemente el rostro de las jóvenes, conviene observar un régimen laxante. Para el tratamiento local humedézcase la piel con una mezcla formada de una parte de glicerina y tres partes de agua de rosas. Esta operación debe repetirse cuatro ó cinco veces por día, no secándose, para que la humedad se evapore por sí misma. Las lociones pueden hacerse también con una solución saturada de bórax, á la que se añadirá una décima parte de glicerina.

Á UNA HACENDOSA.—Modo de hacer los *pichones* á la *pillote*:

Se parten los pichones en dos pedazos, á lo largo, después de limpios, se aplastan un poco y se sazonan con sal y pimienta; se ponen á dorar en una cacerola con manteca, y cuando están, se dejan enfriar y se prensan; en la manteca que ha quedado se hace un relleno con dos cucharadas de jugo de carne y un picadillo de los hígados, pan rallado, tocino, cebollas y *champignons*, perejil, sal y pimienta, y

con esta pasta se cubren los pichones por los dos lados; se coloca cada mitad en un papel blanco untado de manteca, se envuelve bien y se pone á la Parrilla durante diez minutos; se refriaran y se sirven con el papel.

ADELA P.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 24.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras de la 1.ª edición de lujo.

Traje de visita.—Vestido de pekin de seda color de cigarrá (verde agua) brochado de flores más obscuras. La falda «fin de siglo» va adornada con una serie de *ruches* de cinta verde de matices graduados, formando en su conjunto una guarnición sombreada. Cuerpo remetido en la falda, escotado en cuadro sobre un camisolín de encaje blanco.—Casaca de encaje negro, plegada por delante formando conchas, con una sola costura debajo del brazo. La espalda va plegada con pliegue redondo, y se compone, así como el delantero, de un volante ancho de encaje. El talle va ajustado con un cinturón estrecho de cinta. Cuello abarquillado y plegado de encaje. Manga ancha y plegada, que cae sobre un puño alto de encaje negro.—Capota rodeada de margaritas, con lazo de cinta color de musgo.

Tela necesaria: 10 metros de pekin de seda, de 60 centímetros de ancho, y 5 metros 50 centímetros de volante de encaje, de 80 centímetros de ancho.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras de la 1.ª edición de lujo.

Objetos de fieltro pintado.—Núms. 1 á 4.

Estos objetos van adornados con pinturas varias. Basta con bordar los contornos de cada pintura con puntos de cordoncillo ó puntos de cadeneta para componer en poco tiempo una bonita labor. Nuestros dibujos representan un lambrequin, un saco de labor, un estuche y una relojera, los cuales se pueden bordar con sedas, hilillos de oro ó felpilla fina, ó bien con lentejuelas de diferentes colores.

Abanicos de primavera y verano.—Núms. 5 á 8.

Núm. 5.—El varillaje, que es de madera de violeta, adornado de oro, va cubierto de gasa negra, la cual se adorna á su vez con una pintura que representa unas flores; se guarnece este abanico de una presilla y un lazo de cinta negra.

Núm. 6.—Abanico negro con varillaje calado y adornado con lentejuelas de acero. Se fijan sobre la gasa negra unas mariposas hechas de lentejuelas de acero y seda gris. Borla de seda negra y blanca.

Núm. 7.—Este abanico es en parte de encaje negro y en parte de gasa. Esta va adornada con una pintura. Varillaje de madera negra con adornos de oro. Borla de seda negra y oro.

Núm. 8.—Es de gasa negra, adornada con lentejuelas de acero, y su varillaje es de madera negra, guarnecida también de lentejuelas de acero. Borla de seda negra y acero.

Saco Réjane.—Núm. 9.

Es de terciopelo claveteado de azabache y barba de encaje fruncido. La parte interior es de *surah* verde cotorra ó glicina. Jareta de cintas de raso negro.

Arandelas de paño perforado.—Núm. 10.

Nuestro dibujo representa una arandela de paño perforado, que se borda de manera que figure unas margaritas de seda floja desdoblada color de rosa por un lado y verde por otro. Un punto grueso anudado forma el centro de cada flor. Nuestro modelo es de paño color reseda por encima y azul pálido por debajo, y sus bordes se recortan en forma de dientes. El contorno interior va festoneado.

Cabecera.—Núms. 11 á 13.

Esta cabecera de butaca es de cañamazo fino color crema; tiene 68 centímetros en cuadro, y va guarnecida de un dobladillo calado de 4 centímetros de ancho. Se la adorna con una cenefa calada. Después de haber cosido el dobladillo, se sacan por encima de éste, para hacer la costura calada, 2 hebras de la tela; se reúnen, por medio de un punto, cada 3 hebras de las que quedan libres, y se sacan para la cenefa calada, á 15 centímetros de distancia del dobladillo, cuatro veces alternando, 2 hebras; se pasan 3 hebras y se sacan otras 3 hebras. Cada 4 hebras verticales y cada 3 horizontales, que han quedado libres, van reunidas, para formar unas hileras con las hebras sacadas. Se labra más flojo en las esquinas. Después de ejetar la cenefa calada, se hacen las dos hileras de dientes con seda crema y gris azul ó hilillos de oro al punto de cruz. Se ejetan después los dibujos á intervalos regulares, encontrándolos.

Galón bordado y guarnecido de cuentas.—Núm. 14.

Este galón, hecho de tejido de oro, va bordado de cuentas de color. Se le guarnece de festones de las mismas cuentas. Se emplea este galón para adornar cuerpos de vestidos, mantelotas, sombreros, etc.

Babucha bretona.—Núms. 15 y 16.

Nuestro dibujo 15 representa una elegante babucha de señora. Es de paño azul, y va adornada con un bordado al plumetis muy relleno y al punto de cadeneta. Se ejetan este bordado con torzal amarillo, blanco, verde y azul obscuro. El borde de la pala va hecho al punto inglés. El dibujo 16 representa la labor como debe ser ejecutada.

Tapete de piano.—Núms. 17 y 18.

Se hace este tapete de paño color crema, y se le adorna con bordados de diferentes puntos: al punto de festón para hacer las flores y las hojas, y al punto de hilos echados para los atributos, las cintas y los pájaros. Las sedas empleadas son «compadour» azul, color de rosa y verde pálido. El dibujo 17 representa la parte del medio, y el dibujo 18 una parte del tapete completamente terminada.

Dos galones de cuentas.—Núms. 19 y 20.

Estos galones, hechos de cuentas negras ó de color, sirven para adornar corpiños, confecciones de entretiem po y otras prendas.

Mesita con jardinera.—Núm. 21.

La mesita es de bambú negro y oro, y va guarnecida de terciopelo ó felpa azul obscuro. Cintas color de rosa pálido. Guipur morena.—La jardinera viene á ser una canastilla de mimbre dorado, con lazos de cinta color de rosa.

Copiamos de «El Diario Médico-Farmacéutico»:

«Los Salicilatos de bismuto y cerio, de Vivas Pérez.

«Los catarros intestinales, catarros del estómago rebeldes á todo tratamiento anterior, úlceras del estómago, vómitos, diarreas de todas clases, disenterías, cólicos, gastralgias, enteralgias, cólera morbo asiático, y todas aquellas dolencias, en fin, que tienen su asiento en las mucosas gástrica é intestinal, se modifican y desaparecen con el uso de los Salicilatos de bismuto y cerio, según está comprobado por la práctica diaria, por dietámenes y certificados de distinguidos y eminentes profesores.»

«Este medicamento, preparado por el distinguido y laborioso farmacéutico Sr. Vivas Pérez, de Almería, fué recomendado por la Academia de Medicina de Granada, y adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina.»

ARTICULOS DE PARIS RECOMENDADOS.

Hemos hablado ya, en otro número, de la solicitud inteligente que había determinado á la casa DE VERTUS *sœurs*, 12, rue *Auber*, en París, á crear un corsé especialísimo para las jovencitas.

Las madres, siempre cuidadosas del estado de salud de sus hijas, y singularmente de la influencia que el corsé puede ejercer en una edad en que el cuerpo se forma, habían pensado muchas veces en ofrecerlas, cuando las niñas llegasen al periodo del desarrollo, al periodo de la pubertad, un corsé firmado por Mmes. DE VERTUS *sœurs*.

Pero las más renunciaban á tal propósito, ante el temor de un precio muy elevado.

¿Cuán grande ha sido su alegría al saber que la mencionada casa DE VERTUS *sœurs* ha creado dos tipos de corsés para jovencitas, hechos en batista ó en cutif, al precio de 38 francos!

El corte de dichos corsés, muy elegante y perfectamente comprendido desde el punto de vista higiénico, es de los más delicados; y esos corsés resultan verdaderas joyas de una *toilette* distinguida.

¡Adivínese el gran éxito que han obtenido!

ASMA, CATARRO Curados por los CIGARRILLOS ESPIC (Caja 2 fr.) ó el POLVO ESPIC

VINO de BUGEAUD TONI-NUTRITIVO con QUINA y CACAO el mejor y más agradable de los tónicos en la Anemia, todas las Afecciones debilitantes y las Convalecencias. Principales Farmacias.

La perfumería especial á la Lacteína, recomendada por las notabilidades medicales de París, ha valido, en la Exposición Universal de 1878, á su inventor, M. E. COUDRAY, 13, rue d'Engliem, en París, las más altas recompensas: la Cruz de la Legión, la Medalla de Honor y de Oro.

Alimento de los Niños. Para robustecer á los niños, las mujeres y personas débiles del pecho, del estómago, ó que padecen clorosis ó de anemia, el mejor y más barato almuerzo es el RACAHOUT de los ARABES, de Delangrenier, de París. *Plus del mundo entero.*

PIANOS FOCKÉ, MEDALLAS DE ORO. Victor Hugo, 83, París. Alquiler y venta, 83, Avenue

POLVOS OPHELIA adherentes, invisibles, exquisito perfume. Houbigant, perfumista, París, 19, Faubourg St. Honoré, 19.

EAU de Houbigant muy apreciada para el tocador y para los baños. Houbigant, perfumista, París, 19, Faubourg St. Honoré.

Perfumería Nième, V. LECONTE ET CE, 31, rue du Quatre Septembre. (Véanse los anuncios.)

Perfumería erotica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

ADVERTENCIA.

Rogamos á las Señoras Suscriptoras cuyo abono termine en fin del presente mes de Junio y gusten de seguir favoreciéndonos, que tengan la bondad de pasar desde luego á esta Administración el oportuno aviso para la renovación de sus abonos, á fin de que no sufran retrasos ó interrupciones en el servicio del periódico.

Para renovar ó reclamar, es muy conveniente acompañar á la carta una de las fajas, impresas ó manuscritas, con que actualmente se hace el servicio.

EL ADMINISTRADOR.

¿CÓMO LLEGARON A HACERLO?

¿Pensar siquiera que cualquier hombre, con la luz del día, con los ojos abiertos, sin estar loco y sin querer cometer suicidio, se encamine a un canal ó río y se caiga dentro? ¿Pensar que esto sucede? Sin embargo, muchos así lo hicieron en Londres y en los alrededores durante la semana de Navidad de 1891, debido á la densa niebla naturalmente que en esa época invadió á dicha capital. Apenas podían distinguirse los objetos á dos varas de distancia; acaso menos, en ocasiones y en ciertos lugares. Supongo sabrán ustedes la diferencia que existe entre la mera oscuridad y la niebla. En la oscuridad, por obscuro que esté, pueden verse siempre las luces, si las hay, pero en una niebla! La niebla es como si nos faltaran los ojos, es la ceguedad. En cuanto á naufragios y demás calamidades debidas á las nieblas, son innumerables. La prensa de Londres se ha admirado de que no haya habido alguien que inventase un medio de despararrar las nieblas. ¡Ah! sí, ¿por qué no?

He aquí lo que cuenta una mujer acerca de una niebla, una de esas espesas brumas que penden sobre nuestras cabezas doce meses durante el año. Nos dice que desde Abril á Septiembre de 1889 se encontraba demasiado enferma para gozar de ninguna comodidad ó placer. Esta circunstancia era de notarse, puesto que ella era naturalmente de buen humor y alegre. El mal-estar, ó como quiera llamársele, le sobrevino gradualmente, tal como se levanta la niebla. Al principio sólo se sintió lánguida. El menor esfuerzo la cansaba. La respiración se le apocó igualmente, y con frecuencia se sentía desfallecer. No podía comer; es decir, con paladar, y su sueño consistía en ligeros sueños á intervalos, en vez de ser un sueño sólido y seguido, como debe ser un buen sueño. Su ánimo se hallaba triste y abatido; y, en efecto, como no!

Experimentaba fuerte dolor en la región del corazón, lo cual la amedrentaba, como amedrentaría á cualquiera, siendo así que el corazón es un órgano vital, y con justicia nos alarmamos cuando algo le afecta. Todo lo que comía le hacía daño. Aun un trago de agua le era molesto. Por algunas semanas siguió de esta manera. Continuaba desempeñando los quehaceres de su casa y su tienda (una panadería), pero esto le era muy pesado.

Tomó todas aquellas medicinas sencillas que todos conocemos, pero sin resultado. Consultó, pues, luego al médico de la familia, hombre de mucha experiencia y que se considera muy hábil. Este le examinó cuidadosamente y le dijo luego: «Señora Plowright, usted está padeciendo congestión del hígado, enfermedad del corazón y debilidad».

Fué ésta una aseveración capaz de hacer desear á la pobre mujer, y, en efecto, así sucedió así; pero el médico tenía razón, es decir, del punto de vista suyo. Asistió á la enferma por algún tiempo. Durante cierto período, y de cuando en cuando, solía aliviarla, y luego volvía la enferma á encontrarse peor que nunca. «Una vez, dice, el corazón casi paró de latir, y mi apariencia y mi condición eran la de una persona moribunda.» Le fué dicho que esto era la incurable enfermedad llamada *angina pectoris*; pero no fué así, ni mucho menos. Sin embargo, era cosa seria y peligrosa.

La carta de esta señora concluye con las palabras siguientes: «Había leído yo un libro que trataba del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y mi marido lo había tomado y tenía muy buen concepto de él, pero yo no tenía mucha fe en él. Empecé, sin embargo, por tomar quince gotas; pero como éstas no hicieron efecto, tomé treinta y seguí las instrucciones. Ésta dosis me fué adecuada, y después de haber consumido la botella me sentí mejor. Pude entonces comer y digerir el alimento; el dolor en el pecho y costado desaparecieron gradualmente, y después de haber tomado dos botellas más me encontré bien, y desde entonces mi salud es buena».

(Firma.) La señora de Plowright, esposa de Mr. William Plowright, de la panadería, Lincolnshire, 23, Cheetham Street, North Street, Cheetham, Manchester.

¿Qué hemos de pensar de este caso? Que la enfermedad de corazón de esta señora fué lo que se llama enfermedad (funcional) y no orgánica. En otras palabras: la acción del corazón fué afectada por el veneno de la sangre creado por la indigestión y dispepsia—su verdadera y única enfermedad.—Los disturbios del hígado y la debilidad eran partes del mismo enigma.

Ahora bien: ¿cuál es la niebla peor que haya obscurecido un país? Es una niebla que impide á los médicos y á la gente el ver que casi todas las dolencias que sufren no son, ni más ni menos, que síntomas de indigestión y dispepsia, curables con el remedio mencionado por la señora Plowright. A cansa de esta niebla hay muchas personas que caminan en derechura á sus sepulcros cada día.

Al dirigirse el lector á los Sres. A. J. White, Limited, calle de Caspe, núm. 155, Barcelona, tendrán estos señores mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es 14 reales, y el del frasquito, 8.

GRAN FÁBRICA DE DULCES DE MATEOS LOPEZ PREMIADA CON 8 MEDALLAS ÚNICA EN ESPAÑA que obtuvo DIPLOMA DE HONOR, la primera y más alta recompensa en el Gran Concurso Internacional de Bruselas, y Medalla de Oro en la Exposición de Barcelona. Completa en clases y precios con las fábricas más acreditadas de París y de los demás puntos exportadores. Se venden en las principales confiterías de España. Fábrica: Palma Alta, 8, Madrid.

CABELLOS largos y espesos, por acción del Extracto capilar de los Benedictinos del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENEZ, ADMINISTRADOR, 35, rue du 4 Septembre, París.—Depósitos: en Madrid, Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1; en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

OBRAS POÉTICAS DE D. JOSÉ VELARDE DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO ALCALÁ, 23.—MADRID.

Table listing poetic works by José Velarde with prices in pesetas. Includes 'Obras poéticas', 'Teodora', 'Fray Juan', 'La Niña de Gómez-Arias', etc.

AÑO LI LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA.

Publicase los días 6, 14, 22 y 30 de cada mes. Aparte de las secciones de modas y labores de utilidad ó adorno, da al año sobre 500 columnas de escogida lectura

Table of subscription prices in provinces, including editions for luxury and economic readers, and prices for other European countries like Portugal, Cuba, and the Americas.

MARI-SANTA POR DON ANTONIO DE TRUJBA. Es una de las mejores obras literarias del Ilustre Anton el de los Cantares...

PAPEL FAYARDYBLAYN PARA CURAR IRRITACIONES DEL PECHO, RESFRIADOS, REUMATISMOS, DOLORS, LUMBAGO, HERIDAS, LLAGAS, Tópico excelente contra Callos, Ojos-de-Gallo. En las Farmacias.

NINON DE LENCIOS Release de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo...

SOLUCION CUNAUD al Lactofosfato de Cal creosotado y con 6 hierbas. Ton rebelde, Bronquitis, Catarras articular, Gripe y enfermedades del Pecho. Paris, Casa Marchand, 13, r. Crozier-S-Lazare, y todas las de las Américas.

LA MODA DEL DIA Los Botones IGUALES á las TELAS de las PRENDAS, adorno muy elegante y del mejor gusto... EL ECLAIR PARIS: EXP. UNIV. 89-90-91, ALGER 1889 Med. Bronze y Vermeil. - 3 Med. de ORO

SUEÑOS Y REALIDADES POR DON RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros El Marqués de Valls-Alagre. Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico.—Madrid, Alcalá, 23.

JOVEN Y BELLA Decís, Señora, que os faltan muchas cosas para que volváis á ser

Pues pedidlas á la Parfumería Exótica, rue du 4 Septembre, 35, en París, y quedaréis satisfecha y encantada del resultado. Su Brisa Exótica, en agua ó en crema, os hará volver á la hermosa edad de diez y seis primaverales y os defenderá contra las arrugas; su polvo de arroz de Albrigho dará á vuestro cutis una blancura diáfana que evocará á las rosas desvanecidas de vuestro rostro; su Anti-Bollos extirpará los puntos negros que brotan en la nariz, sin dejar la menor huella de ninguno; su Sorcilium espesará, alargará y dará nuevo color á vuestras cejas y pestañas; su Pasta de los Prélados destruirá los sabañones y las grietas, y os volverá la mano lisa y mórvida, con las venas suavemente azuladas que antes, en vuestra primera juventud, poseáis; y toda esta transformación se efectuará naturalmente, sin recurrir á ningún artificio.

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BRENÓN De venta, en las oficinas de LA ADMINISTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, Alcalá, 23, Madrid.

NUEVOS PERFUMES PARA EL PAÑUELO DE RIGAUD Y Cía PERFUMISTAS DE LAS CORTES de España, Grecia y Holanda. ESENCIA: Lucrecia, Lilas de Persia, Gracioso, Eau d'Espagne, Bouquet Royal, Reseda, Muguet des Bois. JABONES Y POLVOS DE ARROZ Á LOS MISMOS OLORES S, rue Vivienne, 8, PARIS.

EL SOL DE INVIERNO POR DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS. Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad. Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris LACTEINA de E. COUDRAY Perfumeria especial, comprendiendo: JABON - POLVOS DE ARROZ, ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.